


Selección TERROR

Ada Coretti

# ME PARECE QUE HE MUERTO


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

573 – Cadáveres sin alma, *Curtis Garland*.
574 – Sangrienta evocación, *Frank Caudett*.
575 – Fauces sangrientas, *Lou Carrigan*.
576 – Horror absoluto, *Clark Carrados*.
577 – El viento de los muertos, *Curtis Garland*.

**ADA CORETTI**

# ME PARECE QUE HE MUERTO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 578
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 9.548 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: abril, 1984
1ª edición en América: octubre, 1984



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

# INTRODUCCION

Se despertó, viendo que se hallaba en el camarote de un trasatlántico.

Pero a pesar de haberse despertado, Jennifer experimentó la profunda, hiriente y espeluznante sensación de que estaba muerta.

Sin embargo, cuando intentó abandonar la litera, sus piernas le respondieron, acertó a moverse, pudo ponerse en pie.

«No, no estoy muerta...», pensó.

Sin embargo, persistía aquella sensación agobiante, horrible. Como si su vida ya hubiera dado fin. Como si su cuerpo y su alma pertenecieran ya al Más Allá, a ese mundo lóbrego, sombrío y tétrico en el que sólo se entra cuando se da el último aliento.

Jennifer salió del camarote.

En el corredor no había nadie.

Sólo pisadas... ¡Pisadas de sangre!

Salió a cubierta.

Allí tampoco había nadie.

¡Pero seguían por allí y por allá, por todas partes, las pisadas de sangre!

¿Qué había sucedido? Era fácil imaginarse una matanza en masa, una espantosa hecatombe.

No obstante, de ser así, ¿dónde estaban los muertos, los cadáveres? No se veía a nadie. Absolutamente a nadie.

El mar se hallaba en calma y el trasatlántico se deslizaba majestuosamente a unos veinte nudos de velocidad.

En medio de la intensa niebla, y en dirección contraria, navegaba otro barco.

Jennifer vio que iba a producirse un terrible choque.

Quiso correr y poner en conocimiento del capitán lo que sus ojos estaban viendo. No obstante, una fuerza extraña la retuvo quieta, inmovilizada.

Alguien más, empero, debió percatarse del hecho, pues de pronto sonó la alarma

Pero ni la alarma, ni las pantallas de radar, ni ningún medio de detención, fueron por lo visto capaces de impedir que el rumbo de los dos barcos se cruzase fatalmente.

Y la proa del otro barco se hundió como una acerada cuchilla en el costado del trasatlántico, abriendo una espantosa brecha en el casco.

La embestida fue inevitable, terrible Realmente escalofriante.

Al poco, por la enorme brecha abierta en el flanco del trasatlántico, el mar entraba a toneladas.

Pero no, no aparecía nadie en cubierta. ¡Qué extraño! Total y

absolutamente incomprensible.

Jennifer se fijó en el trasatlántico, cuya inclinación de cuarenta grados delataba lo inexorable de su fin.

Y en eso, al fin, alguien surgió allí mismo, a su lado.

Era éste un hombre vestido de negro, alto y delgado, cuyas facciones quedaban veladas por la niebla. Una niebla cada vez más intensa, más compacta.

Y ese hombre levantó el brazo, dejando ver en su diestra un puñal en cuya hoja había grabada una letra. La M.

—Voy a matarte... —dijo a Jennifer.

La muchacha sintió que el terror la dominaba. ¡Ella no quería morir!

Pero ¿acaso no estaba ya muerta?

— ¿Por qué...? —empezó a preguntar Jennifer.

Las facciones del hombre seguían ocultas tras la niebla. Sólo oyó, pues, su respuesta.

—La otra vez fallé... Creí que te había atravesado el corazón, pero no fallé... Volviste a la vida... ¿O acaso no? Ahora que te miro bien te veo blanca como un auténtico cadáver...

— ¿Por qué hay... hay... tantas pisadas de sangre? —preguntó Jennifer seguidamente, pudiendo apenas tragar saliva.

Sin embargo, el puñal seguía alzado en el aire, así que pensó que no podía concederse el lujo de esperar la respuesta. El puñal podía descender de un momento a otro.

Dio media vuelta y echó a correr, lo más rápidamente posible. La cubierta era larga. Sin embargo, la inclinación del trasatlántico dificultaba cualquier tentativa.

De pronto, Jennifer se detuvo. Allí mismo flotaba un bote salvavidas. Parecía como si alguien lo hubiera dejado en aquel lugar, debidamente preparado, para que ella lo cogiera.

Saltó al bote. No sin dificultades, pues la pequeña embarcación se movía a pesar de que el mar se hallaba en calma

Ya dentro del bote, Jennifer remó con fuerza, con energía

Se trataba de que el hombre quedara atrás.

Y lo logró.

Como fuera, tenía que llegar a una isla. Y al fin lo logró, hallando no sólo rocas, sino también calas de fina arena.

Exhausta, sedienta, llegó allí sintiéndose morir.

Pero ¿acaso no estaba ya muerta? Porque lo cierto es que persistía en ella la sensación de antes. La sensación de que su vida ya había dado fin Igual que si su cuerpo y su alma pertenecieran ya al Más Allá.

Abandonó el bote, pero no lo dejó a su suerte. Tuvo la precaución de arrastrarlo hacia arriba para que las olas no se lo llevaran.

Después, Jennifer se dejó caer sobre la arena. Intentaba recuperar el resuello.

Al poco se llevó las manos a una pierna. La pierna le picaba.

Vio que las causantes de ese picor eran unas hormigas. Cinco o seis.

Se las quitó de encima de un manotazo y siguió echada, recuperando fuerzas. Unas fuerzas que casi habían llegado a su límite.

Había ya amanecido: hacía ya rato de eso. Pero el cielo se hallaba negro como el fondo de un pozo.

Volvió a picarle la pierna. O mejor dicho, las piernas. Y también los brazos.

Vio que varias docenas de hormigas recorrían su piel.

Con un par de nuevos manotazos las echó fuera. Seguidamente había de darse cuenta de que por aquella fina arena las hormigas iban y venían en largas caravanas.

Pocos instantes después, Jennifer oía unos gritos, de hombre y de mujer; entremezclados.

— ¡Piedad! ¡Piedad...! —oyó gritar a la mujer—, ¡No quiero ser castigada de este modo...!

— ¡Nos arrepentiremos de lo hecho! —oyó gritar así mismo al hombre—, ¡No lo haremos nunca más!

Jennifer se puso en pie y fue a protegerse tras unas rocas. Desde allí vería exactamente lo que sucedía.

Vio llegar a varios hombres. Llevaban apresados a un hombre y a una mujer, ambos jóvenes, ambos desnudos. Ellos eran sin duda, los que habían gritado con anterioridad.

Los hombres clavaron un par de estacas en la arena. Después amarraron allí al hombre y a la mujer. Y seguidamente les untaron de una pasta, medio clara, medio espesa. De color dorado.

Jennifer no pudo adivinar qué era aquello. Sólo lo supo cuando uno de aquellos hombres dijo:

—Con esta miel sobre tu piel, en seguida tendrás las hormigas encima

Y ese hombre, mientras untaba el cuerpo femenino, aprovechaba la ocasión para palpar con sus dedos los lugares más incitantes de la mujer.

— ¡Piedad! ¡Piedad! —exclamaba la víctima.

—Así aprenderéis a obedecer —advirtió uno de ellos—. Aquí, en esta isla, está prohibido hacer el amor. Así lo exige y manda nuestro jefe, so pena de pagarlo a este alto precio.

Jennifer temió ser descubierta y se alejó de allí, entre las rocas. Pero no sabía a dónde se dirigía No podía saberlo. Ni idea de ello.

Había de pasar bastante rato, desde luego, antes de que fuera a parar a una amplia explanada. A cuyo término había una casa,

extraña, exótica.

Quizá en aquella casa viviera alguien. Alguien dispuesto a ayudarla. Quiso hacerse esa ilusión.

Así, se dispuso a cruzar la explanada lo antes posible.

Pero avanzados apenas unos metros, se percató de que aquella tierra estaba poblada de fosas.

Se acercó a una de ellas y miró hacia abajo. Allí dentro había tres esqueletos.

Se dirigió hacia otra de las fosas e hizo lo mismo, miró hacia dentro. Allí también había tres esqueletos.

Y sí, en todas y cada una de esas fosas, había tres esqueletos. Ni uno más ni uno menos.

Jennifer, asombrándose de ello, apenas sentía miedo. Como si aquellos muertos fueran algo muy suyo, compañeros muy allegados, y no le causaran terror alguno.

En realidad, persistía la sensación que tuvo al despertarse en el camarote del trasatlántico. Le parecía que ella estaba ya muerta. Tan muerta como pudieran estarlo los propietarios de aquellos esqueletos.

En eso, de súbito, del modo más increíble e inesperado, Jennifer vio que aparecía en la explanada el hombre vestido de negro, alto y delgado, que había querido matarla. Con aquel puñal, en cuya hoja había grabada la letra M.

De nuevo, ahora sí, el terror la dominó. Hasta tal extremo, que su terror, su pánico, se hicieron insoportables.

El hombre, cuyas facciones seguía sin poder distinguir debido a la niebla, no había reparado en ella. Aún estaba a tiempo de ocultarse...

Así que Jennifer no lo pensó más. Se metió en una de aquellas fosas. Y lo hizo en una donde los esqueletos debían de llevar mucho tiempo allí, pues apenas los tocó, los huesos se desunieron, se desencajaron, se descoyuntaron por completo.

Y la verdad es, en contra de lo que pudiera parecer, que Jennifer se sintió bien allí, en el interior de la fosa.

Como si realmente estuviera muerta y aquél fuera realmente el sitio que le correspondía.

Ella sólo tenía espanto, pavor, del hombre vestido de negro, alto y delgado, con un puñal en la mano.

En aquel momento oyó una voz que decía:

—Hay que rellenar de tierra estas fosas. Son las nuevas órdenes del jefe. Empecemos por ésta...

Y Jennifer, acurrucada en el fondo para no ser vista, vio caer la primera palada de tierra. Y luego la segunda. Y después la tercera.

Sabía que el hombre temido estaba arriba, muy cerca, así que mordió los labios y calló.

Y la tierra siguió cayendo, palada tras palada...

Pero ¿iba a permitir que la enterraran viva? ¿Sería capaz de llegar a tan escalofriante extremo…?

Antes de que se respondiera a sí misma, empezó a lloviznar. Aunque muy levemente.

—Vamos a mojarnos —dijo la misma voz de poco antes—. Será mejor que lo dejemos para mañana.

—Sí, claro —asintió otra voz.

Y se fueron.

Y Jennifer respiró aliviada.

Poco después se incorporaba, asomaba la cabeza y miraba a su alrededor.

No, ya no estaba el hombre vestido de negro. Tampoco los otros, los que habían empezado a echar paladas de tierra.

Jennifer salió de la fosa, encaminándose hacia la casa extraña, exótica. Tomando precauciones, por si acaso.

Si el dueño de la casa fuera una buena persona…

Pero allí, en aquella casa, sólo estaba el dueño de aquella isla. ¡Y cuando ella vio quién era ese hombre se puso a temblar de pies a cabeza!

Era el hombre vestido de negro, alto y delgado, que había querido matarla en el trasatlántico. ¡Era el mismo que poco antes había aparecido cerca de la fosa!

Jennifer huyó de allí, dirigiéndose de nuevo hacia la costa, hacia el lugar donde dejó el bote salvavidas.

Ya en la cala de fina arena, se quedó horrorizada. Y no había para menos, pues resultaba espeluznante el espectáculo que estaba presenciando.

Amarrados a las estacas de madera, el hombre y la mujer, jóvenes, se habían convertido en dos bultos en los que se amontonaban miles y miles de bulliciosas y hambrientas hormigas gigantes.

Jennifer se acercó a uno de aquellos bultos, pasándole la mano por el rostro.

Y al quedar al descubierto el rostro del hombre, lo vio deformado por el dolor y por el espanto. Aquella fisonomía se había convertido en una máscara espantosa.

Jennifer oyó ruido a sus espaldas.

Se volvió, respingando.

Y allí, una vez más, estaba el hombre vestido de negro, alto y delgado, alzando en el aire un puñal cuya hoja tenía grabada una letra.

La M.

# CAPITULO PRIMERO

Este era el sueño, la terrible pesadilla que de continuo agitaba las noches de Jennifer.

Y era la propia muchacha, flaca y pálida, la que acababa de referírselo todo al psiquiatra. A Lex Cooley, el joven psiquiatra al que su tía, Nora Potter, le había aconsejado que fuera.

Las cosas no podían seguir de aquel modo. Tenía los nervios rotos, destrozados, hechos añicos, y cada día era mayor su desequilibrio emocional.

—Llegaremos al fondo de todo ello —le aseguró Lex Cooley con tono reposado, sereno—. Encontraremos una explicación coherente... En consecuencia, pues, daremos con la solución adecuada...

— ¡Ese hombre quiere matarme! —exclamó Jennifer histéricamente—, ¡Y me matara, estoy segura! ¡Finalmente conseguirá lo que se propone!

—Sólo se trata de un sueño, de una pesadilla —dijo Lex Cooley—, No hay que darle más importancia de la que...

—Desde niña tengo sueños —repuso Jennifer, con espasmos de agitación—, Y esos sueños siempre han sido una premonición. Pregúntele a mi tía ella le dirá que es verdad...

Y Nora Potter que se hallaba allí con ellos, en el mismo consultorio, había de asentir.

—Sí, sí... Sus sueños siempre se han cumplido... Pero eran tonterías...

— ¿Llamas una tontería —se excitó Jennifer— a cuando soñé que por culpa de nuestro gato iba a estrellarse el coche de los Merrit, nuestros vecinos? ¿Llamas tontería a cuando soñé que un rayo iba a caer en la vía del tren? Sucedió así, y fue un milagro que el tren no descarrilara...

—Por favor, Jennifer —exhortó Nora Potter—, cálmate... No debes excitarte así...

— ¿Cómo quieres que no me excite si mis sueños acaban siempre siendo realidad? ¡Y en mi sueño el hombre quiere matarme! ¡Además, en mi sueño ya estoy muerta! Y yo misma me doy cuenta de ello, como quien acepta lo inevitable... ¡Oh, qué horrible y escalofriante es la sensación que siento!

—Échese, relájese —el psiquiatra hizo que la muchacha volviera a tenderse en el sofá—. Seguiremos hablando... Ahora prefiero que sea su tía quien me cuente la vida que ha llevado usted. Saberlo me ayudará sin duda a saber el porqué de ese trastorno que padece...

El psiquiatra se volvió hacía Nora Potter, una mujer rubia, de ojos claros, de unos cincuenta años, más insignificante que otra cosa.

Quien, a continuación, había de ponerle al corriente de lo que deseaba saber.

Ella, Nora Potter, había vivido siempre en Channville, una pequeña localidad donde raras veces pasaba algo extraordinario. Su casa era grande, y bonita, por lo menos a ella se lo parecía.

Hacía muchos años que murió su hermano mayor, el padre de Jennifer, y desde entonces la muchacha dependía de sus cuidados y de su dinero.

Su dinero nunca había sido demasiado. Bueno, lo cierto es que ahora acababa de heredar una gran fortuna y que todo, últimamente, había cambiado mucho para su sobrina y para ella. En consecuencia, Jennifer podía en la actualidad vestir con lujo, divertirse de la mañana a la noche y darse todos los caprichos que le vinieran en gana. Por lo que respecta a ella, claro, era distinto. A los cincuenta años ya no se le da tanta importancia a según qué cosas.

Desde que ella había heredado, Jennifer tuvo muchos novios. O mejor dicho, tuvo tras de sí a muchos muchachos que deseaban ser su novio.

Jennifer no les hacía caso. Posiblemente sospechaba que se le acercaban por el dinero de su tía Nora. Un dinero que, claro está, algún día había de ser suyo.

En buena lógica no era extraño que Jennifer desconfiara un poco de aquellos muchachos. Antes de que ella heredara ninguno le hacía demasiado caso.

—Ya se sabe —comentó Nora Potter—, el dinero crea esos problemas. El que lo tiene nunca sabe exactamente si es querido por sí mismo. Incluso a mí —añadió— me ha pasado algo parecido. Cuando ya me consideraba toda una solterona, resulta que tengo un ferviente y apasionado pretendiente... No crea —bromeó finalmente Nora Potter—, es todo un tipo... Joven, guapo y elegante. Se llama Montgomery Kerr...

No siguió hablando, porque Jennifer, de pronto, se incorporó en el sofá y se puso a gritar. Como una loca, como una posesa. En medio de sollozos histéricos.

— ¿Qué te pasa, Jennifer querida? ¡Por Dios!

—Cálmese, cálmese... —pidió el psiquiatra.

Jennifer no había de calmarse. Además, en medio de su histerismo había de decir que sentía un terrible dolor en el pecho. Lo mismo que si acabaran de asestarle una mortal puñalada.

—Tal vez su sobrina padezca una dolencia física —sugirió entonces el psiquiatra—. Una dolencia que ignoramos y que sea la causante de que su parte anímica se vea peligrosamente debilitada. Deberá ser examinada. Si resulta que no tiene nada, entonces intervendré yo sabiendo ya que su caso es meramente neurótico y

psíquico…

*

Y sí, Jennifer fue internada en una clínica. Donde deberían hacerle un chequeo que les sacara de dudas.

Debería estar allí, en la clínica, un par o tres de días. De este modo el examen podría ser más riguroso, más completo.

Y todo, a continuación, sucedió del modo más insólito y desconcertante. Hasta, evidentemente, dejar perplejos ha quienes habían de presenciar tales hechos.

En su habitación de la clínica, Jennifer recibió una visita.

Fue a eso de media tarde.

Se trataba de Montgomery Kerr, el pretendiente de su tía. Un hombre de unos treinta años, guapo y elegante.

Lex Cooley, el psiquiatra que atendía a Jennifer, estaba en aquellos momentos en el pasillo de la clínica. Como lo estaban otros doctores y un par de enfermeras.

De pronto, oyeron gritar a Jennifer.

Como la puerta de la habitación de ella se hallaba un tanto entreabierta, vieron perfectamente, al mirar hacia allí, cómo el visitante alzaba el brazo sujetando en su diestra un puñal… Un puñal en cuya hoja se hallaba grabada la letra M. Un puñal cuya hoja lanzaba siniestros reflejos…

Pero Jennifer no se limitó a gritar. Sacó la mano de debajo de las sábanas y disparó repetidamente. Porque en su mano había aparecido una pistola y ella acababa de mover repetidamente la primera falange de su índice, haciendo funcionar el gatillo.

Montgomery Kerr cayó muerto, con el puñal en la mano. —Temía algo así —le oyeron sollozar a Jennifer—, Por eso no me separaba de la pistola… Sí, sabía que mi sueño era una premonición…

*

En el juicio todos declararon a favor de Jennifer.

Lex Cooley, y los otros doctores, y también el par de enfermeras. Todos testificaron haber visto cómo Montgomery Kerr pretendía acabar con la vida de la muchacha.

El fallo del jurado no pudo ser otro que el que fue. La acusada actuó en defensa propia.

Y Jennifer fue puesta en libertad.

Al regresar a la casa de su tía Nora, la muchacha parecía no atreverse a entrar, a pasar.

Pero Nora Potter la recibió con el mismo cariño de siempre. Era la

primera en hacerse cargo de que, si Montgomery Kerr quiso matarla, su sobrina hizo bien en defenderse.

Ahora bien, aquella mujer rubia, de ojos claros, parecía preguntarse en medio de una total perplejidad:

« ¿Por qué querría matarla...? No me parece tener sentido todo eso...»

Como fuera, recibió bien a Jennifer. Y Jennifer pareció agradecerle más que nunca el cariño que le demostraba.

Un rato después, ya en su dormitorio, Jennifer abrió despacio la puerta y dejó entrar a Dick, el joven mayordomo.

Entonces se mostró tal cual era.

—Ya está hecho, querido. Ya no nos estorbará más ese hombre... ¡Qué estúpido era! Se imaginaba que iba a casarse con tía Nora y que iba a dejarnos a nosotros sin dinero.

Dick la estrechó entre sus brazos y la besó.

## CAPITULO II

Había transcurrido un año.

El joven psiquiatra Lex Cooley había decidido tomarse unas vacaciones. Las tenía bien ganadas. Hacía demasiado tiempo que se hallaba dedicado casi exclusivamente a sus pacientes, a analizar retrospectivamente las causas morales y afectivas que determinaban sus estados morbosos.

Serían diez o quince días de dejar a un lado los psicoanálisis, de olvidarse de los demás para pensar en sí misma

Optó por coger el coche y alejarse de Londres. Esto lo primero. Luego, por el camino, ya decidiría a dónde iba.

Así fue a parar a una carretera que llevaba a la localidad de Channville.

Estaba decidido a pasar de largo. No obstante, apareció una niebla espesa y densa que en un principio le aconsejó aminorar la marcha y que luego, finalmente, le obligó a detenerse.

Lo hizo ante una posada que parecía bastante acogedora.

Un autocar de línea también se había parado allí, sin duda por las mismas causas.

Lex Cooley salió de su coche y entró en la posada, viendo, una vez estuvo en su interior, que allí dentro apenas había público. Lo que le extrañó, pues la vista del autocar vacío le había sugerido otra cosa.

—No reemprenderemos la marcha hasta que amaine la niebla —oyó decir al conductor del autocar.

Lex Cooley se sentó a una de las mesas y solicitó un whisky.

Antes de que se lo hubieran servido, reparó en la muchacha que se hallaba en la mesa de al lado. Era muy bonita. No se lo pensó mucho y se levantó de su asiento.

Acercándose a la mesa, preguntó sonriendo:

— ¿Puedo sentarme aquí?

La muchacha le miró. No demostró el menor disgusto, todo lo contrario.

—Como quiera —había de responderle.

—Si hemos de esperar más de la cuenta, vale más que lo hagamos juntos, ¿no le parece?

—Sí —dijo ella.

Ya con el whisky en la mano, el psiquiatra, sin esperar a más, había de presentarse.

—Mi nombre es Lex... Lex Cooley. De profesión psiquiatra.

— ¿Psiquiatra? —dio la impresión de sorprenderse.

—Sí —afirmó—. ¿Ve algo malo en ello?

— ¡Oh, no! —aseguró—. Disculpe. Es que no me imaginaba que

un psiquiatra pudiera ser como usted.

Dado como ella le miraba, Lex Cooley dijo:

—Lo tomo por un cumplido.

—Yo me llamo Loretta —le hizo saber ella instantes después. Había de añadir—: Voy a visitar a una amiga. Vive en las afueras de Channville. ¿Usted también va a Channville?

—No—repuso él.

Loretta tenía el cabello y los ojos oscuros, y un gesto gracioso, encantador. Lex Cooley se dijo que le gustaba mucho. En consecuencia, pues, pensó que debía de hacer lo posible por no perderla de vista tan pronto.

—El autocar reemprenderá la marcha así que se disipe la niebla, pero yo me sentiría muy afortunado si usted quisiera venir conmigo, en mi coche.

—Es usted muy amable — le agradeció Loretta.

—Resulta aburrido ir solo en el coche, ¿comprende? —manifestó Lex Cooley.

—De acuerdo.

Nada de particular hasta aquí, hasta este momento.

Sin embargo, el encuentro cobró un particular significado cuando ella, un rato después, le hizo saber:

—No tenía la intención de ir a ver a esa amiga. Si he de decirle la verdad, nunca he sentido un cariño especial hacia ella. Pero dados los acontecimientos acaecidos en su vida, si yo siguiera rehusando su invitación tal vez creyera...

A continuación había de referirle que su amiga, desde que salió del colegio, la había estado escribiendo pidiéndole que fuera a pasar unos días en su casa, a la casa de su tía Bueno, al menos le había escrito hasta hacía cosa de un año. Después ya no. Posiblemente se sentía abochornada por todo lo sucedido.

— ¿Qué fue lo sucedido? — preguntó Lex Cooley.

—Mi amiga mató a un hombre. En legítima defensa, desde luego...

— ¿Cómo se llama su amiga? —inquirió él, presintiendo la respuesta, puesto que Loretta se dirigía a Channville y era precisamente en esa localidad donde residía su antigua clienta.

—Mi amiga se llama Jennifer, y su tía Nora Potter —contestó la muchacha—. En fin, no quisiera que mi amiga pensara que la tengo a menos, que la juzgo mal... En realidad yo no soy quién para juzgar a nadie...

—Jennifer fue clienta mía, ¿sabe? —se sinceró Lex Cooley—. Después de todo lo que pasó no volví a verla. Espero que se encuentre mejor.

Siguieron conversando, y antes de que la niebla amainase se habían hecho ya muy buenos amigos.

—Te llevaré hasta la casa de Nora Potter —dijo él, tuteándola, cuando ya se disponían a reemprender la marcha—. Desde luego, queda claro que tú y yo hemos de volver a vernos.

—Me encantara —aseguró Loretta.

Ya al volante del coche, Lex Cooley había de decir:

—Créeme, lamento de veras que Channville no esté lejos, muy lejos, al otro extremo de Inglaterra. Encuentro tu compañía sencillamente deliciosa.

—Gracias.

Pronto llegaron a Channville. O mejor expresado, pronto llegaron a la casa de Nora Potter, situada a las afueras de dicha localidad.

Se trataba de una casa de planta baja y tres pisos. Tenía varios balcones.

Relativamente cerca había otra edificación, ésta más pequeña, más sencilla.

Lex Cooley detuvo el coche y se apeó.

—Te acompaño hasta la misma puerta —dijo.

De ser posible, deseaba echar un vistazo al interior de aquella casa. Una curiosidad quizá un tanto ingenua, pero ciertamente irreprimible.

—Como quieras.

Al poco de hacer sonar el timbre, la puerta se abrió.

Apareció un joven mayordomo, irreprochablemente uniformado.

—Soy Loretta...

No hizo falta que dijera nada más.

El mayordomo se apresuró a recoger su maleta, rogándole que pasara y que se dignara a esperar unos instantes.

—Adiós —se despidió Loretta de su acompañante, tendiéndole la mano.

Aún no había soltado Lex la mano femenina de entre la suya, fuerte, varonil cuando alguien exclamó:

— ¡Doctor Cooley! ¡Doctor Cooley, no se vaya!

Era Jennifer, flaca y pálida, mucho más flaca y pálida que un año atrás, quien había aparecido en el vestíbulo junto al arranque de la escalera.

Lex Cooley se volvió hacia donde había sonado la voz. Pero ya Jennifer estaba allí, a su lado.

— ¿Qué tal...? —saludó a la muchacha que había sido su paciente.

—Pase, por favor — le ofreció Jennifer—. Y en cuanto a ti, Loretta, dame un abrazo. ¡Qué alegría me da volver a verte!

Así, de este modo, al parecer tan natural y sencillo, Lex Cooley se vio en el interior de aquella casa.

—Deseo que se quede unos días —había de pedirle Jennifer poco después—. ¿No puede complacerme?

Lex Cooley le hubiera dicho que no en cualquier otra circunstancia. Si Jennifer necesitaba de él, ya sabía dónde tenía su consultorio en Londres. Pero Loretta iba a quedarse en aquella casa, y le tentaba la idea de no apartarse de ella.

También le tentaba la idea, todo hay que decirlo, de ahondar, de profundizar, de escarbar en el pasado. Un pasado tan cargado de niebla, a su juicio, como pudieran estarlo aquellos alrededores.

Ya es decir, porque la niebla era de nuevo tan cerrada, tan compacta, que daba la sensación de querer cortar hasta la respiración.

*

Nora Potter había demostrado su extrañeza. No se esperaba que su sobrina le pidiera al psiquiatra que se quedara unos días en su casa.

—Por mí no hay el menor inconveniente —dijo Nora Potter al ver que Lex Cooley quedaba pendiente de lo que ella pudiera opinar al respecto—. Puede quedarse el tiempo que quiera, no faltaría más. —Pero sin terminar de explicarse la reacción de su sobrina, había de preguntar a la interesada—. No estaréis peor, ¿verdad, Jennifer?

—No, tía —fue la respuesta, aunque el tono le vaciló un poco, o quizá más que un poco.

Lo suficiente al menos para que el psiquiatra, como tal, pusiera en cuarentena la sinceridad de lo anteriormente expuesto.

Poco después quedaron a solas las dos amigas. Sin duda tendrían muchas cosas que contarse.

—No te esperaba —había dicho Jennifer poco antes—. Después de todo aquello... —se limitó a hacer esta alusión.

Loretta le había respondido:

—No podía faltar, precisamente por eso...

Y ahora, lo dicho, se quedaron a solas en el salón. Posiblemente tendrían charla para rato.

Así que Nora Potter aprovechó la ocasión para dialogar con el psiquiatra en la salita.

—Me hubiera gustado que Jennifer siguiera visitándole —empezó diciendo—. Pero mi sobrina se negó a ello. Dijo que lo sucedido era ya un hecho irreversible y que...

—Sí, claro —asintió Lex Cooley.

—No obstante —prosiguió Nora Potter—, yo hubiera deseado que usted analizara en profundidad, hasta sus más intrincadas recovecos, su pesadilla... Esa pesadilla insólita, desconcertante...

—Todos los sueños, todas las pesadillas tienen desde luego su íntima y objetiva motivación —aseguró el psiquiatra. Añadió—: Si su sobrina hubiera seguido acudiendo a mi consultorio, hace ya tiempo que hubiéramos llegado a una deducción que evidentemente habría

resultado efectiva y beneficiosa para ella. De todos modos, me hago cargo de la actitud de su sobrina, de su postura. Después de lo irreversible de aquel hecho…

—Dígame, doctor Cooley, ¿qué opina usted?

— ¿De qué exactamente? —preguntó él a su vez—. En realidad, ante todo está el hecho específico, concreto y determinante de que la pesadilla de su sobrina tenía mucho de premonición… ¿O no? —y dejó la interrogación en el aire.

—Sí, claro —asintió Nora Potter—. Sin embargo, no termino de imaginar…

— ¿El qué? —quiso saber Lex.

—No término de imaginar —repitió—, por qué Montgomery Kerr quiso matar a Jennifer.

—Tal vez —aventuró el psiquiatra— estaba mal de la cabeza. Cabe esa posibilidad, ¿no?

—No —dijo Nora Potter—. Yo le había tratado bastante, y puedo asegurarle que estaba total y absolutamente cuerdo.

—Ya veo que lo asegura muy convencida.

—Sí.

—Pues si estaba cuerdo tal y como usted indica, ¿cómo explicarse qué…?

—No me lo explico. Por eso me gustaría saber lo que opina usted de todo aquello —y algo parecido a una sospecha, lo quisiera o no, lo confesara o no, parecía aletear en su Voz.

—Puesto que voy a quedarme en esta casa, le responderé dentro de unos días, ¿le parece? Cuando haya conseguido ahondar en el sentido, en el significado de aquella pesadilla… Significado y sentido que pueden dar, evidentemente, una respuesta coherente y racional a todo aquello… De otro modo, todo lo sucedido quedaría entre misteriosas sombras, envuelto en nebulosas.

El sonido del timbre de la puerta principal interrumpió la conversación. Por lo demás, a Nora Potter se le iluminó la expresión.

El detalle no le pasó desapercibido a Lex. Si bien fingió que no reparaba en ello.

Pero comprendió que, quien fuera que había llamado, debía ser una persona muy importante para aquella mujer rubia, de ojos claros, de unos cincuenta años.

—Debe ser Eugene… Eugene Merrit —indicó ella luego de ver cómo Dick, el joven mayordomo, se dirigía hacia la puerta—. Es nuestro vecino. Vive en la casa de al lado en compañía de su hermano Cecil, un pobre paralítico…

Poco después, Eugene Merrit entraba en la salita y saludaba a Nora Potter con mucha amabilidad y cortesía. Era un hombre de complexión normal, de mediana estatura, que aparentaba unos

cuarenta y pico años; un pico alto. Vestía bien.

—Le presento al doctor Cooley...

—Jennifer me habló de usted —contestó Eugene Merrit—. Mucho gusto en conocerle.

—Encantado —respondió Lex. Y sin más—: ¿Qué le dijo Jennifer de mí...?

—Que siempre le habían caído mal los psiquiatras, y que usted no era la excepción.

—Pues acaba de pedirme que me quede unos días en esta casa —comentó Lex.

—Habrá cambiado de manera de pensar. Lo que no me sorprende, pues es una muchacha desconcertante.

— ¿Sí? —inquirió Lex, deseando que dijera algo más, que no se quedara con las ganas de soltar algo.

—Por favor, tenga paciencia con ella —intervino Nora Potter—. Sabe que está mal de los nervios desde...

—Desde niña, desde que nació —interrumpió Merrit a Nora Potter —. No es un secreto para nadie, ni siquiera para ella misma

—Se imagina cosas entre usted y yo, de ahí que le mire con malos ojos. Pero no se preocupe, ya se le pasará. Ya sabe cómo son las muchachas de esa edad...

—Sí, es cierto, me mira con malos ojos —asintió el vecino—. Lo que me preocupa, he de reconocerlo. No me preocuparía tanto —agregó— si la supiera en manos de un buen psiquiatra... —y echó una mirada directa a Lex Cooley.

—Por un buen psiquiatra me tengo —aseguró éste, sin más.

—Espero que lo demuestre —repuso Eugene Merrit—. A propósito, ¿acepta un consejo?

—Naturalmente.

—No se fíe de Jennifer, en ningún sentido.

—Se lo ruego —a Nora Potter se la veía muy violenta—, no sea cruel con ella.

—No es mi intención serlo, pero...

— ¿Pero? — inquirió Lex.

—Resulta una muchacha no sólo desconcertante, sino terriblemente inquietante. A mí, sinceramente, me quita el sosiego, me altera la calma Por usted, Nora, claro está. Le deseo lo mejor, y lo mejor no creo que llegue a tenerlo nunca con esa muchacha en casa...

—Cállese, cállese... —se sofocó Nora Potter—. Si llega a oírle... Es una buena chica —añadió—, y a mí me quiere de verdad. Estoy convencida de ello.

*

—Venga, doctor Cooley —le rogó Jennifer.

—Estoy a su disposición — contestó Lex.

La muchacha flaca y pálida, cuyos ojos brillaban febriles, extraños, le llevó hasta el despacho.

Ya allí, le rogó que se acomodara. Ella, mientras tanto, se encargó de cerrar bien la puerta.

—Quiero creer, doctor —dijo seguidamente—, que usted puede ayudarme. Creo que es el único que puede hacerlo.

—Se lo repito, estoy a su disposición.

—Le he pedido que se quedara porque necesito explicarle lo que me sucede... —Se había sentado cerca de él, y se esforzaba por mantener la calma, aunque sin conseguirlo; su excitación resultaba evidente.

Bueno, por lo menos ésta era la impresión que se sacaba al mirarla, al quedar pendiente de ella.

—Dígame —está sola palabra en boca del psiquiatra.

—Verá usted, hace varias noches que tengo un sueño... Como aquel otro de hace un año, aunque distinto, claro... Estoy terriblemente asustada, pues no lo dudo, se trata de una nueva premonición.

—Explíqueme qué sueño es ése.

—No le dirá nada a tía Nora, ¿verdad? De momento, al menos, no quisiera asustarla

—No le diré nada —aseguró Lex—. A menos que los hechos se compliquen y no pueda evitarlo.

—Pues como le decía, estas noches vuelvo a verme sometida y encadenada por un mismo y terrible sueño, por una misma y horrible pesadilla Me despierto sudando, temblando... En mi sueño, una avioneta despega de una pequeña pista de aterrizaje. Yo estoy mirando, pero no veo quien se halla allí... La avioneta se aleja y se pierde a lo lejos... Pero vuelve y da vueltas en espiral. Parece peligrosa la acrobacia y yo me lleno de agitación... Más aún cuando veo la persona que dirige los mandos de la avioneta: Eugene Merrit, nuestro vecino. De pronto sucede la tragedia... Se abre la cabina de la avioneta y Eugene Merrit cae. Al poco se ha estrellado, muriendo en el acto. Cuando yo llego a su lado, es sólo un cuerpo aplastado...

Sofocada, jadeante, Jennifer apenas había podido llegar al término de su relato. Su enorme agitación, su creciente excitación había estado a punto de dar al traste con su empeño de referir aquello.

Al menos esto es lo que parecía.

—Y usted teme, según me ha dicho, que se trate de una nueva premonición... — habló Lex Cooley.

—Sí, si —asintió Jennifer—. En consecuencia, corre un grave peligro la vida de Eugene Merrit. Pero, ¿qué puedo hacer yo para

evitar que...? Temo no poder hacer nada, a menos que usted me ayude...

—Ante todo, dígame, ¿qué significa Eugene Merrit para ustedes? Para usted y para su tía… ¿Acaso algo más que un vecino?

—Sí —asintió la muchacha—. Al menos yo lo creo así.

—Cuéntemelo mejor.

—Eugene Merrit está interesado por mi tía Nora. Le dedica su atención, sus gentilezas. Resulta obvio que ha pensado en casarse con ella

— ¿Como lo pensó Montgomery Kerr? —preguntó Lex.

Jennifer sufrió un violento respingo por el mero hecho de oír pronunciar aquel nombre.

—Por favor, no me recuerde... —y la frente se le quedó perlada de sudor.

—Quiso matarla —repuso Lex—, Era lógico que usted se defendiera. Cualquiera hubiera hecho lo misma

—Aun así, me pone enferma recordar lo sucedido... —y las gotas de sudor empezaron a deslizarse por sus sienes.

Hasta tal extremo parecía sincero, que a nadie se le hubiera ocurrido dudar de lo que decía Pero Lex Cooley la miraba fijamente, muy fijamente.

—Dígame, ¿a usted le gustaría que Eugene Merrit se casara con su tía?

—Sí, sí —afirmó Jennifer—, me gustaría mucho. Es una buena persona y la haría feliz. Así, tía Nora no estaría tan sola.

—No está tan sola la tiene a usted.

—Es distinto, usted ya me entiende. En fin, se trata de hacer algo. Pero, ¿qué? Mis sueños siempre se han cumplido, desde que era niña...

—Háblame de Montgomery Kerr —pidió Lex Cooley.

—Le he dicho que me pone enferma recordar... —había respingado de nuevo, en medio de su protesta.

—A pesar de eso, resulta imprescindible que nos refiramos a él... El análisis profundo y detallado de su personalidad puede llevarnos a conclusiones reveladoras.

—Creo que buscaba en tía Nora la solución económica que necesitaba —dijo Jennifer, y habló como a regañadientes, como a rastras—: Últimamente se había arruinado.

— ¿Y ella? — preguntó Lex.

—Ella, ¿qué?

—Me refiero a si su tía sentía interés por él.

—Creo que no —respondió, pero no pudo evitar el gesto, bajó la mirada—. Era demasiado joven para ella.

— ¿Estaba soltero? — inquirió Lex.

— ¿Montgomery Kerr? —preguntó ella a su vez.

—De él hablamos.

—Sí, estaba soltero — contestó Jennifer—, Había tenido una novia, pero se casó con otro. Desde luego, ella no tuvo suerte en su matrimonio. Al poco se quedó viuda y pobre.

—Ha hecho referencia a que últimamente se había arruinado...

—Puso un negocio y al principio le fue bien. Pero luego, por culpa de su socio, todo empezó a ir de mal en peor. Acabaron teniendo que malvender. Fue entonces cuando tía Nora heredó y cuando él, según yo creo, pensó en salir de apuros con una boda de conveniencia.

— ¿Por qué supone que Montgomery Kerr quiso matarla a usted? —la pregunta, realmente inevitable, acababa de ser formulada.

— ¡No lo sé! ¡No lo sé! —exclamó Jennifer, y alzando las manos se tapó el rostro.

Sus hombros se agitaron una y otra vez. Lo mismo que si estuviera sollozando desesperadamente.

Pero Lex Cooley estaba convencido de que, cuando las manos se apartaran de su rostro, en sus ojos no habría lágrimas.

Acertó.

En sus ojos sólo vio esa mirada febril, extraña, que ya era proverbial en ella.

# CAPITULO III

Lex fue el primero en levantarse. Así que clareó el día estuvo ya en la planta baja, esperando que los demás fueran apareciendo.

Pero ninguno de ellos, por lo visto, tenía la costumbre de madrugar. Se encontró solo en el comedor durante largo rato.

— ¿Le sirvo el desayuno, señor? —le preguntó Dick, el joven mayordomo de la casa.

Era un sirviente todo competencia. Bastaba verle para sacar esta elogiosa conclusión.

—No, gracias —dijo Lex—, Saldré a dar un paseo. Desayunaré con los demás cuando se levanten.

—Lo que desee el señor.

Lex abandonó la casa.

No era un día apropiado para pasear, pues persistía la niebla y hacía bastante humedad. A pesar de eso, le gustó la idea de ver cómo eran las afueras de Channville.

No eran pintorescas. Nada acogedoras si se ceñía a aquel día tan poco lleno de luz y claridad. Pero, bueno, podía considerarse que era aquél un lugar aislado, muy tranquilo, y quizá fuera eso lo que les gustaba más a los moradores de aquellas dos casas.

Una era la de Nora Potter, naturalmente. La otra, más sencilla, más modesta, la de Eugene Merrit.

— ¡Doctor Cooley!

Levantó la mirada. Había reconocido la voz.

— ¿Qué tal, señor Merrit?

Eugene Merrit había aparecido entre matorrales y arbustos. Por allí los había en abundancia.

—Le he visto desde mi dormitorio, a pesar de la niebla que hay —le hizo saber—. He venido a preguntarle si quiere venir un momento a mi casa. Le presentaría a mi hermano.

El psiquiatra recordó que Nora Potter le había dicho que el hermanó de Eugene era un pobre paralítico.

—Encantado — respondió.

Ya en el interior de aquella casa, había de conocer, por supuesto en un sillón de ruedas, a Cecil Merrit

—En cierta ocasión —manifestó éste, no mucho después—, por culpa del maldito gato de los vecinos se estrelló nuestro coche contra un árbol de la carretera.

—El accidente sucedió del modo más tonto, más absurdo —completó Eugene Merrit—. El gato se nos cruzó en la carretera, quisimos no atropellarle y de resultas de ello...

—Lo que más me molestó —continuó diciendo Cecil Merrit—, es

que Jennifer, que entonces era todavía una niña, dijera que había soñado que semejante cosa iba a suceder. Y sí —reconoció—, se ve que era cierto... Lo había soñado...

—Mi hermano no siente ninguna simpatía por Jennifer —manifestó Eugene Merrit, con gesto comprensivo.

—Y usted tampoco — repuso Lex.

—Esta conclusión no ha debido costarle mucho después de lo que ayer hablé en su presencia. Sí, podía haberme callado. Pero, créame, era necesario que alguien le pusiera a usted en guardia.

— ¿Contra Jennifer?

—Sí. Y precisamente por eso, porque es necesario e imprescindible que usted esté en guardia contra ella, es por eso que le he pedido que viniera a esta casa. Sí, éste es el verdadero motivo de mi petición. ¿Sabe una cosa? Mi hermano Cecil tiene algo muy especial que contarle.

— ¿De Veras?

—Suelo permanecer muchas horas junto a esa ventana —se la indicó, se hallaba orientada hacia la casa de Nora Potter—, De ello que no sea fácil que nada se me escape... Y ahora, para que lo sepa, me estoy refiriendo a Dick, el joven mayordomo.

— ¿Qué pasa con él? —preguntó Lex.

—Todos le tienen por un sirviente correcto y respetuoso, pero en su caso no es aconsejable fiarse de las apariencias, se lo aseguro. Lo cierto es que sus miras van mucho más allá que las lógicas apetencias de un sirviente.

—No le entiendo —dijo Lex.

—Ha pensado casarse con Jennifer, con la que indudablemente solucionaría su porvenir. Puede que esté enamorado de ella, o puede simplemente que le esté fingiendo amor, no lo sé. Yo lo único que sé es que ella le ama intensamente.

— ¿Cómo lo sabe? — interrogó Lex.

—Lo sé porque paso muchas horas cerca de esa ventana, mirando hacia la casa de mis vecinos. Y si he de decirle la verdad, miro con prismáticos...

— ¡Ah! —se limitó a exclamar en esta ocasión, sabiendo, por descontado, que le quedaba aún bastante por oír.

—Pues bien — continuó Cecil Merrit—, a menudo les veo en el tercer piso... No sé si usted lo sabe, pero en la planta baja de la casa se halla la salita, el salón, el despacho y el comedor. En el primer y segundo piso, están los dormitorios, amplios, acogedores siempre dispuestos a recibir a quien sea, pues desde luego Nora Potter es muy hospitalaria Pero a lo que iba, el tercer piso está vacío... Y es allí donde Dick y Jennifer se reúnen y se besan. Sí, les veo perfectamente desde aquí, con mis prismáticos...

—Nora Potter está lejos de imaginarse una cosa así — intercaló Eugene Merrit—, Y yo me pregunto, ¿por qué le oculta Jennifer a su tía el amor que siente por Dick?

—Tal vez —consideró Lex Cooley— porque a su tía no le gustaría saber que dedica sus preferencias a un sirviente.

—No. no — negó Cecil Merrit—. Su tía es una mujer sencilla, y sumamente comprensiva, que además la quiere mucho y sólo desea verla dichosa. Daría su consentimiento a la primera

—Sí, seguro —confirmó Eugene Merrit—. Así las cosas, ¿por qué ocultan el amor que les une? Lo encuentro muy sospechoso.

— ¿Sospechoso? —Lex repitió la palabra.

—Parecen llevarse algo entre manos —sugirió Eugene Merrit—. Algo poco claro...

— ¿Cómo qué?

—No sabríamos decirle —repuso Cecil Merrit—. De todos modos, tenemos el presentimiento de que a ambos les interesa sobremanera el dinero de Nora Potter. El dinero que ha heredado últimamente.

—Si Jennifer es la única sobrina —arguyó Lex—, a ella irá en buena lógica a parar todo ese dinero, ¿no es eso?

—A menos —aventuró Eugene Merrit— que Nora Potter decida casarse. Lo que no me extrañaría, dado que es todavía realmente joven.

— ¿Conocían ustedes a Montgomery Kerr? —preguntó Lex al llegar a este punto de la conversación.

—Yo, sí —dijo Eugene Merrit.

— ¿Qué opinión le merecía?

—Creo que se trastornó un poco cuando su novia se casó con otro. Bueno, supongo que hay que encontrar alguna explicación al hecho de que quisiera matar a Jennifer... Y quiso matarla esto resulta evidente. Sobraron los testigos.

—Yo fui uno de ellos — reconoció Lex.

—Conocí a su novia cuando aún no se había casado con el otro — amplió Cecil Merrit—. Era muy guapa, muy atractiva. Sin duda seguirá siéndolo.

—Tengo entendido —dijo Lex— que pronto se quedó viuda.

—Viuda y pobre como las ratas —repuso Eugene Merrit.

—A lo que íbamos —insistió el paralítico—. Jennifer y Dick son una pareja que dan que pensar. ¿No opina lo mismo doctor Cooley?

— ¿Como psiquiatra —preguntó— o simplemente como persona?

La respuesta del paralítico fue:

—Más que un psiquiatra, creo que aquí está haciendo falta un detective.

Pero Eugene Merrit interviniendo, apostilló:

—Un psiquiatra también puede servimos.

*

Durante el desayuno, Lex Cooley estuvo mirando insistentemente a Jennifer, si bien con la máxima discreción posible. También observaba a Dick, el joven mayordomo cada vez que se acercaba a la mesa.

Se trataba de tener bien presente, de no olvidar, lo que le habían dicho los hermanos Merrit

Jennifer estaba tan lívida aquella mañana, que no hacía falta más que mirarla para saber que había pasado una mala noche. Por lo demás, su excitación era tanta que no podía en absoluto disimular su estado de ánimo.

Ahora bien, Lex Cooley se preguntó si estaría fingiendo o no. No podía estar seguro.

— ¿Te encuentras mal, Jennifer? —interrogó Nora Potter al ver que apenas probaba bocado.

—Estoy bien, tía —contestó ella—. Sólo que... —pero se lo pensó mejor y optó por no proseguir.

—Sólo, ¿qué? — inquirió Nora Potter.

—No he dormido bien —dijo Jennifer.

Había de abstenerse a cualquier otro comentario, pero miro al psiquiatra, situado en la mesa frente a ella, como diciéndole que él ya sabía a qué se debía que hubiera, pasado una mala, noche. «Sí, sí —daba la impresión de decir aquella extraña y febril mirada—, he vuelto a soñar lo mismo. Eugene Merrit sube a una avioneta y acaba cayendo al vacío, estrellándose...»

Loretta reparó en la mirada de su amiga, pero no entendió su significado. Ella estaba lejos de imaginar lo que realmente sucedía a su alrededor.

Aún no había concluido de desayunar, cuando recibieron una visita. Se presentó allí con absoluta naturalidad.

— ¿Queda una taza de café para mí?

Quien acababa de llegar era un hombre de mediana edad, bastante grueso, colorado de cara, dueño al parecer de una excelente salud.

Se llamaba Frank Goddar y se dedicaba a compra y venta de chatarra. No le iba mal el negocio, pero tampoco bien. Lo suyo era un ir tirando.

—Claro que queda una taza de café para usted —aseguró, sonriente, Nora Potter.

Lex puso su atención en el recién llegado y no tardó en convencerse de que Nora Potter tenía en aquel hombre un nuevo pretendiente.

Por lo visto, dedujo, eran varios los que se sentían

irremisiblemente atraídos por el dinero de aquella mujer.

En lo relativo a ella, lo cierto es que, aunque amable y sonriente, no se mostraba particularmente interesada por el nuevo personaje.

Lex opinó para sus adentros:

«Le gusta más Eugene Merrit»

Al levantarse de la mesa, Nora Potter y el chatarrero se fueron al despacho. Tenían que ponerse de acuerdo respecto a unos hierros viejos que ella iba a venderle.

Jennifer se fue a la salita y se puso a hojear unas revistas de cine. Le gustaba estar al día en cuanto a las bodas y los divorcios de sus artistas favoritos. Aunque quizá se trataba, simple y llanamente, de buscarse un relax que le era preciso, imprescindible.

—Dime, Loretta —el psiquiatra se había quedado al lado de la muchacha de cabello y ojos oscuros, de gesto gracioso, encantador—: ¿Cómo has encontrado a Jennifer?

—Muy cambiada —reconoció ella—. No parece ni la misma

— ¿Cómo era antes? —quiso saber.

—Era una chica nerviosa, pero no como ahora —contestó Loretta —. Ahora se le escapan, se le rompen los nervios... Cualquier pequeño detalle hace que no consiga sujetarlos. Queda claro que está pasando por una absoluta inestabilidad emocional, por un profundo y peligroso desequilibrio psíquico.

—Sí, desde luego —confirmó Lex.

—Además... —empezó a decir.

—Continúa, por favor. Me interesa sobremanera lo que tú pienses sobre ella.

—Además —repitió Loretta—, veo algo raro en su mirada. No sé qué es. Pero ese algo me detiene la saliva en la boca.

—Me gustaría que me lo refirieras mejor —insistió Lex.

—Temo no poder complacerte, pues es algo muy extraño lo que siento al mirarla No sé, no sé... Tal vez siento —se decidió a decirlo— como si ella, o yo, o quizá las dos, nos halláramos al borde de un insondable abismo...

—No quiero verte preocupada en modo alguno —advirtió Lex, queriendo quitar importancia a lo oído—. Justificado o no lo que puedas experimentar o sentir bajo el techo de esta casa, yo me encargo de que no te pase nada.

—Eso quiere decir —analizó ella— que puede pasarme algo. No me tranquilizas mucho.

—Sólo quiero tranquilizarte lo justo. Otra cosa podría resultar arriesgado.

— ¿Qué estás intentando decirme? —inquirió ella, más preocupada que en ningún otro momento ante la expresión de él.

Lex iba a responderle, pero vio que el mayordomo entraba en el

comedor y prefirió callar.

—Señor —le dijo Dick—, la señorita Jennifer le espera en la salita. Me ha rogado que se lo haga saber.

—Está bien —contestó Lex.

Cuando entró en la salita, Jennifer estaba con una revista de cine en las manos, hojeándola.

—Aquí me tiene.

—Entre, doctor Cooley.

— ¿Quiere que cierre? — le indicó la puerta.

—Sí, gracias.

Lex cerró la puerta y luego avanzó hacia la muchacha flaca y pálida, que de pronto exclamó:

—La mente se me ha convertido en un espantoso y alucinante torbellino... Noto los nervios tan terriblemente tensados que hasta me duele la nuca...

Fueron éstas las primeras palabras, los primeros oscuros y negros nubarrones de la tormenta que se avecinaba.

Pero ¿iba a ser auténtica aquella tormenta? ¿O simplemente iba a fingirla, a simularla?

—Sincérese conmigo — rogó Lex.

—Ya me sinceré ayer —repuso Jennifer, levantándose de su asiento con los nervios tensos—. Mis noches se ven agitadas por una premonición...

—También esta noche pasada ha soñado lo mismo, ¿verdad?

—Sí.

—La he visto tan lívida que en seguida lo he comprendido así.

—Ayúdeme, doctor Cooley. De lo contrario creo que voy a volverme loca —y parecía tan real e innegable su desesperación, que costaba creer que pudiera estar fingiendo.

—Si pone de su parte llegaremos a un desenlace positivo. De otro modo no veo posible...

—Sí, sí, pondré de mi parte —afirmó Jennifer.

—Pues siéntese de nuevo y respóndame a unas cuantas preguntas.

—Sí, sí... —volvió a asentir, pero se había puesto en guardia.

Ella sabía muy bien que algunas preguntas podían irle muy a contrapelo.

—Empecemos por el principio —dijo Lex Cooley—. Supongo que no tendrá inconveniente en hacerlo.

—No, claro que no... —pero Jennifer temía que el principio fuera lo sucedido un año atrás.

¡Y ella no quería hablar de aquello! ¡Hacerlo podía significar un desacuerdo, una incongruencia al responder, y en consecuencia un patinazo de arriesgadas e imprevisibles consecuencias!

Y en efecto, Lex quería hablar del pasado. Así que lo primero que

manifestó fue lo siguiente:

—Hemos de analizar a fondo aquel primer sueño... Sólo tras un profundo psicoanálisis, tras un exhaustivo rememorar...

— ¡No! ¡No! —exclamó Jennifer, y de súbito, con jadeos y convulsiones, se puso en pie—. ¡No quiero hablar de todo aquello!

— ¿Por qué no? —preguntó Lex, contrastando su inalterable serenidad con la desbordante agitación de ella.

—Quiero que me ayude a encontrar sentido al sueño de ahora, de estas noches... —No podía contener sus nervios, su agitación, y tampoco sus jadeos y convulsiones—, Pero no deseo volver al pasado. Un pasado que siento como incrustado en mí...

—Resulta imposible analizar el sueño de ahora sin antes haber hecho un psicoanálisis del otro. Lo lamento. —Y se mostró inflexible.

—No puede dejarme sola... El deplorable estado en que me encuentro... Resulta una auténtica enajenación, un enloquecedor frenesí saber que todo eso acabará siendo una realidad... ¿No lo comprende usted?

—Debe colaborar en la medida y forma que yo le indico —insistió Lex, imperturbable—. De lo contrario, hágase cargo, me resulta una paciente inasequible, inabordable. No me facilita el terreno...

— ¡No quiero hablar del pasado! ¡No quiero! —exclamó Jennifer.

A continuación, entre angustiosos jadeos y temblores casi de epiléptica, había de pedirle, de suplicarle, que no la dejase a un lado. Luego casi le amenazó. Acabó ciertamente no sabiendo lo que se decía.

Al menos esa impresión se sacaba al mirarla.

Lex Cooley terminó advirtiendo:

—Debe colaborar. De lo contrario no hay nada que hacer. Créame que lo lamento.

Jennifer soltó un grito histérico, mal contenido, y optó por echar a correr hacia la puerta. Al poco salía de la salita.

Lex no había dicho nada más. Sabía que a la fuerza no iba a convencerla en ningún sentido.

Había dejado, pues, que se fuera.

De todos modos, él permanecía a la expectativa. Si ella le había pedido que se quedara en la casa y la ayudara, posiblemente cedería

A menos, claro está, que todo aquello resultara una simple comedia. Una actuación puramente teatral, cuya única finalidad fuera desorientarle, desconcertarle.

Es lo que estaba temiendo.

Pero, claro, si ella le había pedido que se quedara, por algo sería Por algo más, sin duda, que darse el gusto de representar un papel.

En aquel momento, Lex vio a una persona a través de los cristales de la ventana de la salita, y dejó de pensar en el problema emocional

de Jennifer. Bueno, hasta cierto punto solamente.

A esa persona, Dick, el joven mayordomo, acababa de alejarle de la casa poco menos que con cajas destempladas.

Se trataba de un viejo agachado y tambaleante, vestido casi con harapos.

Lex salió a su vez de la salita y preguntó a Dick, que estaba aún en el vestíbulo:

— ¿Qué quería ese anciano?

—Lo de siempre, señor. Pide limosna para beber y emborracharse.

— ¿Le ha dado algo? —quiso saber Lex.

—La señorita Jennifer siempre lo socorre —le comunicó Dick—. Pero la señorita Jennifer ha salido muy alterada de la salita, así que he considerado oportuno no molestarla. Le he dicho a ese hombre que vuelva en otro momento.

—Voy a ofrecerle algo yo —anunció Lex.

—Lo que guste el señor —contestó Dick, el mayordomo

Lex Cooley salió de la casa, alcanzando al viejo. Este andaba de una forma sumamente insegura y tambaleante entre los arbustos y los matorrales.

—Tome, buen hombre — le dijo.

—Me llamo Tom —balbució el anciano, tras volverse y aceptar la moneda que se le ofrecía—. Si alguna vez me necesita —añadió—, ya lo sabe. Tengo fama de estar siempre con un par de copas de más, pero le aseguro que no soy tan inútil como otros suponen.

—La señorita Jennifer siempre le da limosna, ¿no es eso? —inquirió Lex, y se había dado cuenta, claro está, de que el viejo llevaba encima, no un par de copas de más, sino media docena.

—Sí, la señorita Jennifer nunca me deja ir de vacío. Antes era muy tacaña, pero últimamente ha cambiado mucho ¿Sabe lo que le digo? A veces pienso que teme que diga algo.

— ¿Qué iba a decir? — le preguntó Lex.

—No sé... —balbució—. Bueno, sí lo sé... Un día vi... —pero el viejo se detuvo.

—Prosiga.

—No, no —movió negativamente la cabeza—. Se enteraría de que se lo he dicho y no volvería a darme nada. Vale más que me calle.

—No, le vale más hablar —aseguró Lex, y sacó un billete y se lo puso en las manos.

Brillaron los ojos del borracho, del pordiosero, del pobre hombre. Hacía mil años que no veía en sus manos un billete como aquél.

—Puesto que insiste... —seguía balbuceando—. Pues un día la vi por el camino. Iba besándose con un hombre.

— ¿Quién era ese hombre? — preguntó.

—No estoy seguro.

—Dígame al menos quién le pareció que era.

—Pues, pues... —se decidió a decirlo, ¡aquel billete era tan flamante! —pues me pareció que era Dick, el mayordomo de la casa. Pero no diga que se lo he dicho yo, ¿eh? Se enfadaría conmigo.

—No se preocupe. No se lo diré a nadie.

—Bueno, adiós...

Y el viejo Tom se alejó de allí con el mismo andar inseguro y tambaleante de antes.

## CAPITULO IV

Aún no era de noche, pero no se veía a un metro de distancia debido a la niebla.

Eugene Merrit, a menos de diez pasos de la casa vecina, contemplaba la llave que acababan de entregarle, diciéndole:

—Nos veremos dentro de diez minutos, en el tercer piso. Como está vacío nadie nos estorbará. Esta es la llave de la puerta de atrás.

—Pero ¿qué pasa...? —había preguntado él, sorprendido de aquellas inesperadas y desconcertantes palabras.

Tan desconcertantes e inesperadas que no había terminado de entenderlas, de asimilarlas.

—Hablaremos luego.

Nada más.

Dicho esto, había quedado solo, en medio de la espesa y tupida niebla.

Eugene Merrit decidió esperar los diez minutos y después acudir a la cita.

No tenía por qué negarse. Además, la verdad es que sentía viva curiosidad.

Al llegar a la puerta trasera de la casa, y apenas metió la llave en la cerradura y abrió, oyó voces. Voces que llegaban del salón.

También oía hablar en el comedor, y asimismo en el primer piso.

Dedujo, pues, que unos debían estar en un sitio y los demás en otro. Repartidos. Cada cual por su lado.

Eugene Merrit conocía bien la casa, sabía por dónde tenía que ir. Por lo que se dirigió a la escalera de caracol que desde allí partía hacia los pisos superiores. Era aquélla una escalera de emergencia

Ya en el tercer piso, vaciló, no sabía en qué habitación meterse. Pero se decidió por una que tenía un amplio balcón y que, de estar ocupada, sin duda hubiera correspondido a un amplio y acogedor salón.

Ya allí, cerró la puerta y se quedó a la espera de que llegara la persona que le había citado.

Pero el aire de la habitación estaba pesado, enrarecido, y optó por abrir la puerta que daba al balcón.

Con el aire entró la niebla, espesa y densa, y casi se arrepintió de haberla abierto.

No obstante, poco después empezó a percatarse de que la niebla se difuminaba, se aclaraba, hasta tal extremo que no tardó en ver, a lo lejos, la silueta de su propia casa.

La curiosidad que sentía terminó por causarle malestar. Causándole una sensación tan enojosa, tan molesta, que no sabía ya

ciertamente qué pensar.

Empezó, pues, a darle vueltas a la cabeza. ¿Por qué la cita allí, precisamente en el tercer piso? Un piso vacía sin muebles. Donde nadie, evidentemente, iba a verles...

Resultaba extraño, desconcertante.

De este pensamiento pasó a otro. Este inquietante, porque se le ocurrió pensar que en un lugar como aquél podía ser fácilmente agredido sin que nadie acudiera en su ayuda.

Claro que, reflexionó, resultaba absurda la idea de que él fuera agredido. ¡Vaya idea!

De todos modos, empezó a sentirse seriamente inquieto al recordar a Montgomery Kerr, amigo suyo, dispuesto a casarse con Nora Potter. Una mujer, según le dijo, demasiado rica para que la tentación de unirse a ella no resultara verdaderamente irresistible.

Acto seguido, le vino al pensamiento la sobrina, Jennifer. Eugene Merrit sufrió una sacudida. Como si una dura correa le hubiera dado en el espinazo.

En aquel momento oyó que se movía el pomo de la puerta y que ésta empezaba a abrirse.

Retrocedió instintivamente, por lo que fue a parar al balcón. Y allí se quedó, en el balcón, queriendo recuperar la tranquilidad que, dicho sea de paso, había perdido por completo.

Ya entreabierta la puerta, Eugene Merrit vio que Jennifer avanzaba hacia allí, hacia él.

Retrocedió aún más, pegándose al extremo del balcón, queriendo no ser visto.

Por unos instantes dejó de oír los pasos de Jennifer.

Siguió donde estaba, quieto. Queriendo que Jennifer creyera que no había nadie.

Pero pasado un rato, Jennifer siguió avanzando. Oyó perfectamente sus pasos. Al ver el balcón abierto, debía haber deducido que estaba allí.

Lo primero que vio Eugene Merrit fue una barra de hierro...

Ello hizo que se sintiera aún más asustado, mucho más asustado.

Hasta el extremo de que no se vio capaz de elevar la voz, de pedir auxilio.

En realidad, por lo demás, no tuvo tiempo de detenerse a deducir, a razonar, a hacer conjeturas más o menos válidas.

De pronto, la barra de hierro surgió claramente ante sus ojos, dándole con fuerza en medio del pecho y empujándole salvajemente hacia atrás, hacia la barandilla del balcón sobre la que se había apoyado.

Mejor o peor, consiguió controlar esta primera embestida, pero no pudo con la segunda, aún más arrebatada, más frenética, y se dobló

hacia atrás, cayendo al vacío.

Sin embargo, en última instancia, logró sujetarse con una mano a 1a barandilla, así que quedó colgando en el vacío pero todavía con un punto de apoyo.

Haciendo un increíble esfuerzo, logró alzar el otro brazo y sujetarse también con la otra mano. Con lo que vislumbró una esperanza de salvación.

Bueno, aquello hubiera significado una lógica esperanza en el caso de que la barra de hierro no actuara de nuevo.

Pero, claro, a su atacante había de faltarle tiempo para rematar su maligna y criminal obra.

Así, la barra de hierro, impulsada con fuerza, fue a dar un golpe terrible sobre aquellos dedos que se sujetaban crispadamente a la barandilla.

Eugene Merrit siguió sujetándose, siguió sin soltarse del todo. Hacerlo hubiera significado morir estrellado contra el suelo. Lo sabía de fijo.

Con mirada alocada, desorbitada, miró hacia abajo. Se sintió estremecer.

Pero se estremeció aún más al ver el rostro humano, diabólico que expresaba muy claro que iba a acabar con él.

De nuevo la barra de hierro se estaba alzando en el aire. Descargó un nuevo golpe en sus manos, en sus dedos.

Ya no hizo falta más. Sus dedos se aflojaron y el vacío le recibió...

Fue entonces cuando Eugene Merrit soltó un grito espeluznante. Un grito ronco, arañado, de infinito e inenarrable pánico. De supremo miedo. De desbordante terror.

*

El terrible grito reunió en el vestíbulo a todos los habitantes de la casa.

— ¿Quién ha gritado así...? —preguntó Loretta, asustadísima

—Ha sido un hombre —repuso Dick, el mayordomo.

—Sí, un hombre —corroboró Jennifer, cuya extrema lividez no llamó la atención a nadie porque en ella eso era ya normal, habitual.

—Ha sonado en la parte de atrás —indicó Nora Potter.

—Vayamos a ver —indicó Lex Cooley.

Abrieron la puerta, salieron, y dieron la vuelta a la casa.

Apenas llegaron allí, estuvo todo muy claro. Desgraciadamente.

Eugene Merrit había caído desde lo alto. Por lo visto había muerto en el acto.

— ¡Oh, qué horror! —exclamó Loretta.

— ¿Cómo ha podido suceder...? —inquirió Nora Potter, mirando

no sin cierta perplejidad a los que la rodeaban.

—Resulta incomprensible—comentó Dick.

—Lo que yo soñé... —murmuró Jennifer entre dientes, como mascando las palabras.

— ¿Qué has dicho? —preguntó tía Nora, volviéndose hacia ella—. No te he entendido.

—Yo había soñado que esto iba a suceder —murmuró Jennifer, casi sin voz—. Sabía que se trataba de una nueva premonición... —había de añadir—: Sólo que, en mi sueño, Eugene Merrit se caía de una avioneta... En realidad se ha caído de esta casa...

—De ese balcón —y Lex les indicó hacia lo alto.

— ¿Cómo lo sabe? — preguntó Dick.

—La puerta del balcón ha quedado abierta —contestó Lex—. El asesino no ha tenido tiempo de cerrarla

— ¿Y por qué tiene necesariamente que existir un asesino? —inquirió Jennifer—. Ha podido caerse solo, ¿no?

—Tiene los dedos rotos, salta a la vista. Es fácil deducir que alguien le ha estado golpeando.

—Sí, tiene los dedos rotos —asintió Dick

—Tal vez se resistía a caer, se ha sujetado en alguna parte y…

— ¿Y a santo de qué Eugene Merrit tenía que estar en el tercer piso? —preguntó Nora Potter.

No recibió respuesta.

Habló de nuevo Jennifer, diciendo:

—Hay que avisar cuanto antes a la policía.

—Naturalmente —repuso Loretta.

Mientras el inspector llegaba, Nora Potter estuvo hablando con su sobrina. Tan pálida, tan desencajada, que daba la sensación de haberse convertido en un fantasma.

—Si tenías ese sueño, ¿por qué no decírmelo? —le reprochó.

—Temía asustarte —le contestó Jennifer—. Sabía lo que ese hombre significaba para ti.

—Y le he perdido —murmuró Nora Potter. Añadió en tono fatalista—: Como perdí a Montgomery Kerr. Mi sino parece éste, no alcanzar nunca la felicidad.

—Así que llegue el inspector y responda a su interrogatorio, yo me iré —fue Lex Cooley quien interrumpió la conversación de las dos mujeres—. Ya no tengo nada que hacer aquí.

—Mi sobrina le pidió que se quedara —le recordó Nora Potter.

—Su sobrina debe someterse a un profundo psicoanálisis, pero ella se niega.

— ¿Es cierto eso? —inquirió Nora Potter—. ¿No quieres hacer lo que el doctor Cooley te pide?

Jennifer miró a su tía Nora. Fue como si se viera prendida en una

red. Pero disimuló bien, al menos relativamente bien. Al poco había de contestar:

—Bien, de acuerdo. Haré las cosas a su modo, doctor Cooley. No se vaya.

—De acuerdo.

Antes de que llegara el inspector de policía, lo hizo Frank Goddar. Ese hombre de mediana edad, bastante grueso, colorado de cara, dueño al parecer de una salud excelente, que se dedicaba a compra y venta de chatarra.

Se había enterado de lo sucedido y estaba allí, no faltaría más, para ofrecerse a lo que fuera.

—Gracias — le dijo Nora Potter.

Lex Cooley presintió que, si Jennifer volvía a tener un sueño, una pesadilla, una premonición, ésta haría referencia a ese hombre.

A Frank Goddar.

*

Nadie durmió aquella noche. Apenas un par de horas, como máximo.

Al día siguiente, Lex Cooley no fue el primero en levantarse. Cuando lo hizo se encontró con que Jennifer ya estaba en pie.

Y al parecer esperándole, pues apenas le tuvo delante le miró fijo y le dijo:

—Estoy dispuesta a someterme al psicoanálisis. Pero ha de ser con una condición...

— ¿Desde cuándo los pacientes ponen condiciones al doctor? — preguntó Lex Cooley.

—Usted no cejará hasta saber por qué tengo esas horrendas pesadillas —repuso Jennifer—, Es esto lo que le pido, no otra cosa.

—Siendo así, de acuerdo. No cejaré hasta llegar al fondo de la cuestión.

—Empezaremos cuando usted guste —a Jennifer se le veía excitada, con los nervios descompuestos, rotos.

Aun así, la verdad es que intentaba demostrar serenidad. Tal vez creía que lo conseguía.

— ¿Ahora mismo? — inquirió Lex Cooley.

—Sí —apenas le salió la voz, mientras, posiblemente sin darse cuenta, se estrujaba una mano contra la otra.

Pero alguien llamó a la puerta.

Era el viejo Tom, el mendigo, como siempre vestido con harapos y medio borracho.

Sin embargo, en esta ocasión no iba a pedir nada.

—Vengo a entregar una nota al doctor Cooley —hizo saber—. De

parte del señor Merrit

Cuando Lex Cooley desdobló la nota que el viejo Tom quiso entregarle personalmente, leyó lo que sigue:

«Venga a verme lo antes posible. Tengo que ponerle al corriente de algo muy importante.»

Lex se dispuso a visitar inmediatamente al paralítico. Podía tratarse de algo urgente, que no admitiera espera.

Tratar a Jennifer podía esperar. No importaba una hora más.

—Ahora tengo que salir —le dijo a la muchacha—, Empezaremos en otro momento.

Pocos instantes después estaba ya fuera de la casa, camino de la otra, de la que se hallaba muy cerca de allí.

Le había recibido la niebla, más espesa y densa que nunca. Tan densa y espesa que parecía ser una cortina que esperara que unas manos invisibles la descorrieran.

Lex anduvo con pasos largos, decididos. Lo suyo eran verdaderas zancadas. Se trataba de llegar lo antes posible.

No obstante, de pronto, se detuvo. En seco.

Acababa de ver, cerca de unos arbustos, de unos matorrales, algo que llamó poderosamente su atención.

Era una cartera de piel oscura, con un buen fajo de billetes asomando tentadoramente por su abertura...

La visibilidad era escasa debido a la niebla, pero la cartera estaba muy a la vista. Demasiado a la vista. No pudo menos de pensarlo así.

Por lo demás, la cartera estaba sobre una capa de hojarasca. Lo que de inmediato le hizo considerar la posibilidad de que, bajo la hojarasca, podía haber algo. Algo que no fuera precisamente una bandeja de dulces.

En lugar de avanzar y recoger la cartera con el dinero, Lex retrocedió, dio un poco la vuelta y luego siguió hacia la casa de Cecil Merrit

Apenas llegó, le dijo al paralítico lo mucho que lamentaba la muerte de su hermano. Le dio su sentido pésame. Pero en seguida, sin más, le rogó que le permitiera hacer una llamada telefónica.

—Está usted en su casa.

Lex marcó unos números y quedó a la espera de que le respondieran. Cuando esto sucedió, pidió hablar con el inspector de policía.

Poco después explicaba a éste el porqué de su llamada. Había visto, cerca de unos arbustos, de unos matorrales, sobre una hojarasca, una cartera con billetes. Y estaba convencido de que aquella cartera era una encerrona.

Una encerrona que alguien le había dedicado a él, sabiendo, o simplemente adivinando, que iba a pasar por allí. Como sea que

consideraba que nadie debía acercarse a la cartera, se lo hacía saber para que actuara en consecuencia.

El inspector de policía le contestó que mandaría inmediatamente a alguno de sus hombres.

Ya tranquilo a este respecto, Lex se volvió hacia el paralítico.

—Acaban de entregarme su nota — manifestó.

—Y por lo que acabo de oírle decir —repuso Cecil Merrit—, alguien ha pretendido que usted no llegara hasta aquí.

—Eso parece —reconoció Lex—. Bien, explíqueme el porqué de su misiva. No lo dude, tiene en mí a un amigo. Haré todo lo que pueda por ayudarle.

—Ayer noche estaba mirando con los prismáticos cuando mi hermano cayó por el balcón... —empezó diciendo el paralítico.

— ¿Y vio al asesino? —preguntó Lex.

—Vi cómo el asesino le empujaba con una barra de hierro, y vi después coma al sujetarse mi hermano a la barandilla, le dio en las manos, en los dedos, hasta obligarle a que se soltara... ¡Oh, qué horror de espectáculo!

—Creo entender —dijo Lex— que reparó en la barra de hierro, pero que no pudo distinguir el rostro, la identidad del asesino...

—Sucedió todo tan rápidamente... Además, había niebla Es cierto que la niebla se había aclarado mucho... Aun así, no llegué a tiempo de... —había hablado entrecortadamente. Lo que no le impidió coger aliento y con la mirada alzada, decidida, añadir—: Tengo que encontrar el modo de que el asesino crea que lo vi todo...

—Proceder como dice — consideró Lex—, sería muy arriesgado para usted. No se lo recomiendo, a menos que de antemano tome serias precauciones.

—Sea de una forma o de otra, yo debo hacer todo lo que pueda por cazar al asesino.

—Me hago cargo de lo que debe estar usted sintiendo. A pesar de eso, le ruego que sea prudente, comedido.

—Creo que ha sido Jennifer —sentenció, sin rodeos, sin circunloquios; no tenía por qué callar—. ¿No se da cuenta, doctor Cooley? De haberse casado mi hermano con Nora Potter, su sobrina se hubiera quedado sin su dinero.

—Su punto de vista es bastante lógico, debo admitirla Pero hay que encontrar pruebas: otra cosa no sirve, no resulta válido. Usted lo sabe perfectamente.

—Sí, claro —asintió—, ¿Se le ocurre a usted algo? De ser así, le ruego que me lo diga.

—Voy a someter a Jennifer a un psicoanálisis —repuso Lex—. Y estoy convencido de que, al responder a mis preguntas, se mostrará tan incoherente, tan desordenada e inconexa, que se delatará a sí

misma.

— ¿Usted cree? —inquirió, poco convencido—. Le advierto que es una chica muy lista.

—Cuento con ello. Por lo demás, pienso hacer otra cosa —le informó Lex.

—Dígame lo que piensa hacer.

—Hablar con el socio de Montgomery Kerr. Tenía un socio, ¿no es eso? También tengo la intención de dialogar un poco con la que fue su novia.

—Y todo eso, ¿para qué? Si es tan amable que quiera decírmelo.

—Para ver de ir colocando bien las piezas.

— ¿Qué piezas?

—Las de este rompecabezas.

—Un rompecabezas —subrayó Cecil Merrit— en el que hay metido un asesino, «una asesina» aseguraría yo.

—Si averiguo algo, se lo comunicaré. Cuente con ello, señor Merrit

—Lo mismo le digo, doctor Cooley —repuso el paralítico—. De todos modos, piense en lo que le he dicho. Miraba con los prismáticos y presencié el hecho... No, no vi al culpable, pero esto el culpable no lo sabe...

—Le ruego que no tome ninguna decisión sin antes ponerse en contacto con el inspector de policía —pero estaba temiendo qué no lo hiciera.

—Tengo una buena baza a mi favor —declaró el paralítico—. No puedo desaprovecharla, en absoluto. De un modo o de otro he de conseguir que...

—Tenga prudencia —aconsejó Lex.

# CAPITULO V

En aquellos instantes Jennifer estaba en la salita, mirando hacia el exterior.

La niebla poco permitía ver, pero no separaba su mirada del lugar por donde Lex Cooley había de regresar.

Oyó que alguien entraba en la estancia y cerraba la puerta a sus espaldas. No le hizo falta volverse para saber que era el mayordomo

— ¿Qué quieres, Dick? — preguntó casi sin girarse.

Dick se le acercó. Y ya junto a ella había de exponerle sus temores, sus recelos. No veía nada claro todo aquel asunto. Estaba seriamente preocupado.

—Bastantes dolores de cabeza tengo yo para que vengas tú ahora a... —se quejó Jennifer.

—Ese doctor Cooley me da muy mala espina —repuso Dick.

— ¿Sí?

—Quiere hacerte preguntas y más preguntas. Quiere someterte a un psicoanálisis... Y no sé, pero temo que ése sea un camino resbaladizo para ti. El doctor Cooley debe ser un tipo listo y...

—Todos los psiquiatras se tienen por listos —Jennifer hizo un gesto de quien menosprecia—. Se creen sutiles en el arte de deducir, de dilucidar, de llegar a los más sinuosos recovecos del alma... Sin embargo, yo no voy a decirle más que lo que le quiera decir, así que pronto acabará hecho un lío.

—Te hará preguntas referentes a ase sueño, a esa pesadilla que tuviste hace un año... Que dijiste tener —corrigió Dick—. Temo que seas tú la que acabe enredada en ese lío...

—No te preocupes, todo irá bien.

—Pero, ¿por qué le pediste que se quedara? —barbotó Dick—...Tú misma has complicado las cosas. No tenías que haberlo hecho.

—Lo hice, y ya no puedo volverme atrás.

—Piensa que un fallo, un error, puede llevar al doctor Cooley a sospechar que fuiste tú quien lo tramó todo. Puede llegar a sospechar —repitió— que Montgomery Kerr sólo fue culpable de una cosa, de creer en tus mentiras...

—A los dos, no sólo a mí, nos interesaba que tía Nora no se casara — puntualizó Jennifer.

—Será bueno que te recuerde que fuiste tú, no yo, quien apretó el gatillo de la pistola —Dick había fruncido el entrecejo—. Fuiste tú, no yo, quien mandó a Montgomery Kerr al otro mundo.

—Sí, lo hice —aceptó Jennifer—. Por ti, Dick. Te amaba con todas mis fuerzas y no quería perderte.

—No me has perdido —aseguró Dick, ya sin ceño, estrechándola

entre sus brazos—, Pero quiero que tengas cuidado, mucho cuidado, por el bien de los dos.

—Sí, cariño.

Se besaron.

*

El viejo Tom había visto cómo el doctor Cooley se dirigía a la casa de los Merrit, y le había seguido, pero a distancia, sin que Lex se diera cuenta de que lo hacía.

Llevaba una botella de whisky en el bolsillo trasero de su deteriorado pantalón, y de vez en cuando echaba un trago. La verdad es que iba dando tumbos.

No obstante, aún tenía la cabeza bastante clara. Por lo menos era esto lo que él se iba diciendo.

Al pasar cerca de unos arbustos, de unos matorrales, vio algo que le hizo redondear los ojos.

¡Estaba viendo una cartera de piel oscura, con un buen fajo de billetes asomando tentadoramente por su abertura!

Debía de ser el whisky que llevaba dentro el que le hacía ver lo que no era. Sí, claro. De eso debía tratarse.

Pero no, aquello era una cartera. Hubiera podido jurarlo, a pesar de que la niebla dificultaba enormemente la visión.

No vaciló más. Se precipitó hacia allí, hacia la cartera, hacia los billetes... Aunque dando tumbos, pues su inestabilidad era evidente.

De súbito, su pie derecho pisó algo duro. Algo que estaba bajo la hojarasca.

No hizo falta más para que perdiera el equilibrio y cayera.

Y cayó al suelo al tiempo que se disparaba brusca y violentamente el cepo que había pisado.

Un cepo muy grande, de hierro, con muchos y puntiagudos dientes.

El viejo Tom quedó atrapado, mientras sentía su cuerpo terriblemente herido.

Quiso pedir auxilio, pero no pudo. La voz no le saltó.

Varios de aquellos puntiagudos dientes habían quedado clavados en la garganta.

*

Loretta había salido de la casa, dirigiéndose a la de Cecil Merrit. Sabía que allí estaba Lex.

Quería hablarle. Era necesario que lo hiciera.

La niebla era intensa e iba pendiente de donde ponía sus pies. Por

eso, al pasar cerca de unos arbustos, de unos matorrales, llevaba la vista baja, puesta en el suelo.

No, no se dio cuenta de que allí cerca había alguien. Alguien que quería gritar y no podía hacerlo. Alguien que había caído inexorablemente en el cepo.

Un cepo que para el viejo Tom, enfermo y borracho, iba a resultar mortal.

Pero en aquellos momentos aún vivía, aún gemía.

Loretta pasó de largo. Y siguió adelante. Hacia la casa de Cecil Merrit

En aquel momento salía Lex, y ella corrió a su lado.

— ¡Oh, Lex! —exclamó con tono angustiado—. ¡Necesito hablar contigo!

— ¿Qué pasa? — preguntó él.

—Quizá no tenga importancia —contestó ella—. Puede que yo sea una tonta. Sin embargo, la impresión que me ha causado...

—Cuéntamelo con calma, ¿quieres?

—El mayordomo ha creído que yo me había ido a la cocina con tía Nora, y ha aprovechado la ocasión para meterse en la salita, cerrando la puerta a sus espaldas.

— ¿Y bien...? — inquirió Lex.

—En la salita estaba Jennifer.

—Supongo que esto no es todo.

—Me he acercado a la puerta —dijo Loretta.

— ¿Has podido oír lo que hablaban?

—No, no me ha sido posible. Pero he mirado por la cerradura... Sí, sí, ya sé que eso no debe hacerse —se anticipó a las posibles recriminaciones de Lex—, pero...

— ¿Qué has visto? —le apremió él, sin recriminaciones de ninguna clase.

—Se han besado.

Lex Cooley pareció no prestar atención a estas últimas palabras. De pronto se había quedado con el cuerpo tenso, con el oído atento. Creía haber percibido algo así como un quedo y amortiguado gemido.

—Ven, es por aquí, lo aseguraría —y Lex, tomándola de una mano, tiró de ella.

— ¿Adónde me llevas? — preguntó la muchacha.

—A menos que me equivoque, a un lugar donde no hace mucho había un fajo de billetes...

—No te entiendo.

—Ven —y seguía tirando de ella.

Poco antes de llegar al lugar en donde se hallaba el cepo y su pobre e indefensa víctima, ambos se detuvieron.

Se acercaba un coche de la policía, cuyos focos quedaron rasgando

la niebla.

Se apeó el inspector y dos de sus hombres.

El inspector había querido comprobar personalmente la información de Lex.

Cuando unos y otros llegaron al lugar en que hasta hacía poco la hojarasca había ocultado la dañina trampa, el viejo Tom, desgraciadamente, estaba agonizando.

A una indicación del inspector, sus dos hombres aflojaron los resortes del cepo y consiguieron que éste se abriera.

El cepo, pues, soltó a su presa.

Pero, según se ha dicho, el viejo Tom estaba agonizando.

Ya era tarde.

*

Había ido al encuentro de Frank Goddar

Le encontró en el bar, acodado a una barra. Se trataba de un hombre de buena planta, que posiblemente aparentaba menos años de los que tenia.

—Montgomery Kerr fue su socio, ¿no es eso? — le preguntó Lex Cooley al poco de haber iniciado la charla.

—Sí —afirmó el aludido—. Pero el negocio nos fue mal, reconozco que por mi culpa, y hubo que liquidarlo a cualquier precio.

— ¿Qué clase de persona era Montgomery Kerr? Usted le conocía bien, ¿verdad?

—Sí, claro que le conocía bien. Éramos amigos desde que jugábamos en el colegio.

—Dígame de él lo que sepa, por favor.

—No creo que haya nada especial que contar, a no ser, por descontado, el último suceso de su vida, donde todo fue tan precipitado e incomprensible...

— ¿Cómo se explica lo que sucedió? Que se armara de aquel cuchillo, que fuera a visitar a Jennifer a la propia clínica, que alzara el cuchillo dispuesto a matarla allí mismo...

—No me lo explico —contestó Frank Goddar, moviendo negativamente la cabeza—. Lo cierto es que no termino de creérmelo.

—Pues debe creerlo —aseguró el psiquiatra—. Sobran los testigos.

—Sí, ya lo sé... Aun así, resulta tan desatinado e insólito que un hombre como Montgomery Kerr...

—Hábleme de él —insistió Lex—. Dígame cómo era.

—Era un buen amigo, esto lo primero. Tuvo una novia ¿sabe?, pero ella era ambiciosa y le dejó por otro. Montgomery sufrió mucho al perderla

—A partir de ese momento, quizá, su cabeza se desequilibró...

¿Cabe suponer eso?

—En absoluto.

—A su novia le fue mal, según tengo entendido. Pronto se quedó viuda y pobre.

—Sí, efectivamente.

— ¿Cómo reaccionó entonces su amigo? —preguntó Lex. Había llegado al pormenor que deseaba tocar—. Me refiero a que habiéndose quedado ella viuda, y si él de verdad tanto la había querido...

—Había decidido casarse con Nora Potter —apuntó Frank Goddar.

—Entonces, según usted, su amigo Montgomery Kerr se hubiera casado con Nora Potter de no haber muerto...

—Sí, desde luego —asintió—. Aunque el día antes de, su muerte aún no había dicho nada a la interesada, parecía resistirse a hacerlo. Pero, bueno, la verdad es que últimamente estaba muy poco comunicativo, no se sinceraba conmigo como lo había hecho hasta entonces. Así que, no puedo informarle con exactitud...

— ¿Volvió a ver a su novia? —preguntó el psiquiatra—, A partir de quedar ésta viuda...

—No lo sé. Montgomery me dijo que tenía intención de hacerlo, pero no me dijo que lo hubiera hecho.

— ¿Podría usted darme la dirección de ella?

—Claro que sí.

# CAPITULO VI

Lex Cooley dejó la entrevista para otro momento.

Ya sin más demoras quería conceder toda su atención, toda su dedicación a Jennifer, que al parecer estaba dispuesta a someterse al, desde luego, inevitable psicoanálisis.

Pero no se fiaba de su paciente, ni de las respuestas que pudieran darle. No se fiaba nada.

Como fuera, el psicoanálisis debía iniciarse cuanto antes.

—De acuerdo, de acuerdo... —acababa de asentir la flaca y pálida muchacha

—Tiéndase en el sofá. Relájese — le dijo Lex.

—Sí, sí. —Y Jennifer obedeció, si bien presa toda ella de una mal contenida excitación.

—El psicoanálisis se basa en la exposición, por parte del paciente, de todo lo que pase por su mente —empezó diciendo Lex Cooley—. El psicoanalista recoge e interpreta esos datos ayudando al paciente a encontrar la clave de su problema, ¿comprende?

Jennifer no respondió nada.

Lex había de añadir

—Este sistema terapéutico, derivado de la teoría...

—De la teoría de Freud, sí, ya lo sé —contestó Jennifer, muy nerviosa, nerviosísima

Sin tener en cuenta la interrupción, Lex prosiguió hablando lentamente, calmosamente.

—La personalidad está compuesta por el Ello, el Yo y el Superyo. El Ello aparece ya en el recién nacido, es todo lo heredado y constitucional. El Yo, o consciente, es el Ello en contacto con la realidad. Cuanto más desarrollado está el Yo, más equilibrado y adaptado está el individuo en la vida.

—Me está soltando un rollo... —se quejó Jennifer.

—No. Simplemente quiero que comprenda que esto no es un simple juego —repuso el psiquiatra—. En fin, dejémonos ya de prólogos y vayamos directo al caso. Para empezar, rememoremos aquel sueño, aquella pesadilla de hace un año...

En la otra ocasión Jennifer se negó a proseguir al llegar a este punto.

Le había dicho a Lex Cooley, poco antes, que su mente se había convertido en un espantoso y alucinante torbellino. Le había dicho que notaba los nervios tan terriblemente tensos que hasta le dolía la nuca. Pero no, Jennifer no había aceptado la idea de someterse a las exigencias del psiquiatra al que acababa de pedir ayuda. Había de insistir, sin embargo, en que Lex Cooley adivinara el porqué de su

último sueño. El porqué de ese sueño en que Eugene Merrit cogía una avioneta y se mataba... Le pidió a Lex Cooley, le suplicó entre angustiosos jadeos y temblores casi epilépticos, que no la dejara a un lado. Luego, incluso, llegó a amenazarle. Parecía no saber lo que decía. Y finalmente soltó un grito histérico y salió corriendo de la estancia. Desde luego, su desesperación resultó tan real e innegable que costaba creer que pudiera estar fingiendo.

De cualquier modo, lo cierto es que ahora, en esta ocasión, Jennifer siguió echada en el sofá, dispuesta a que la sesión siguiera adelante. En realidad aún no había empezado.

— ¿Sigue recordando aquella pesadilla? —fue la primera pregunta del psiquiatra—. Estoy aludiendo, claro está, a la que tuvo hace un año. —Y se quedó con un bloc y un bolígrafo en las manos, dispuesto a anotar todo aquello que pudiera considerar de importancia.

—Sí, sí, la recuerdo —asintió Jennifer.

—Empiece a rememorarla —dijo Lex—, Como si me la estuviera explicando por primera vez.

—Yo me despertaba, viendo que me hallaba en el camarote de un trasatlántico. Pero á pesar de haberme despertado experimentaba la espeluznante sensación de que estaba muerta...

Jennifer habló de este modo, sin que Lex Cooley, ante su primera pausa, dijera nada.

La muchacha prosiguió:

—Cuando intentaba abandonar la litera, las piernas me respondían, acertaba a moverme, a ponerme en pie. Entonces, pensaba que no, que no estaba muerta.

Tras anotar un par de observaciones en su bloc. Lex había de decir.

—Por alguna circunstancia especial, ¿usted ha temido alguna vez a la muerte? Me refiero a cuando era niña.

—No —contestó Jennifer—, Mi infancia fue normal.

—Sin embargo, desde niña ha tenido usted premoniciones... Que de un modo u otro la han afectado, sugestionado, condicionado, ¿no es eso?

—Sí, eso sí —admitió Jennifer—. Pero nunca he temido a la muerte. Al menos siendo niña.

— ¿Y después? —inquirió Lex—. Cuando ya ha sido mayor...

—No —contestó la muchacha.

—Prosiga —indicó Lex, y quedó a la espera de lo que ella pudiera decirle.

—En mi sueño, salía del camarote y veía pisadas en el corredor. ¡Pisadas de sangre! Pero allí no había nadie. Salía a cubierta y allí tampoco había nadie. ¡Pero seguían por aquí y por allá, por todas partes, las pisadas de sangre!

— ¿De niña vio matar a animales? —quiso saber Lex—, ¿Quizá en alguna cacería...?

—Raras veces.

— ¿Le impresionaba?

—No demasiado.

— ¿Qué sentía, pues, al ver aquella sangre?

—Nada de particular —pero Jennifer tuvo la sensación de que debía haber respondido otra cosa.

—Continúe...

—El trasatlántico navegaba en medio de una intensa niebla. Pronto se produjo el abordaje, el choque. La proa del otro barco se hundió como una acerada cuchilla en el costado del trasatlántico en el que yo iba, abriendo una espantosa brecha en el casco.

— ¿Alguna vez, de pequeña, estuvo usted a punto de ahogarse? —preguntó Lex.

—No.

— ¿Pero le asusta el mar?

—No.

— ¿Sabe nadar?

—Sí.

—Si se viera víctima de un naufragio, ¿cree que conseguiría salvarse si el mar se hallase en calma como en su sueño...? Porque en su sueño el mar estaba en calma, ¿no?

Hizo como si no recordara del todo bien lo que ella le dijo un año atrás. Pero sí, tenía muy presentes sus palabras «...el mar se hallaba en calma y el trasatlántico se deslizaba majestuosamente a unos veinte nudos de velocidad».

Jennifer necesitó concentrarse. Y lo cierto es que tardó bastante, demasiado, en dar la respuesta.

—Sí, si... estaba en calma Y sin lugar a dudas, creo que conseguiría salvarme de verme en un caso así. Sé nadar, ya se lo he dicho.

Por primera vez Jennifer no había respondido con todo el aplomo que evidentemente debía estar exigiéndose a sí misma.

—Siga.

—Alguien surgió de pronto allí mismo, a mi lado. Era éste un hombre alto y delgado, cuyas facciones quedaban veladas por la niebla. Y ese hombre levantó el brazo, dejando ver en su diestra un puñal en cuya hoja había grabada la letra M.

—La M de Montgomery, ¿no es eso?

—Por aquel entonces, yo no relacionaba esa letra con tal nombre...

—Continúe.

—El hombre dijo que iba a matarme.

— ¿Cómo iba vestido ese hombre? —preguntó el psiquiatra—. No

me lo ha dicho...

Anotó algo en el bloc. Lex Cooley recordaba sin lugar a dudas que, un año atrás, ella le había dicho que ese hombre iba vestido de negro.

Jennifer se removió un poco en el sofá.

—Yo sólo miraba el puñal —respondió de un modo evasivo.

—Iría vestido de claro, o de oscuro, o de alguna manera especial. Creo que me lo dijo...

—Iba vestido de negro —dijo finalmente Jennifer—. Sí, sí, de negro.

—Bien, bien... Prosiga.

—Yo daba media vuelta y echaba a correr, aunque la inclinación del trasatlántico, de cuarenta grados, dificultaba cualquier tentativa. Pero allí había un bote salvavidas y yo lo cogí. Luego remé con fuerza, con energía. Conseguí escaparme de aquel hombre.

—Al que no había visto la cara.

—No.

—Debido a la niebla.

—Sí.

—Y terminó llegando a una rocosa isla, donde también había calas de fina arena.

—Llegaba exhausta, sedienta, sintiéndome morir. Pero ¿acaso no estaba ya muerta? Porque seguía persistiendo la sensación de antes, la que tuve al despertarme en el camarote del trasatlántico... En eso me picó una pierna, y luego la otra, y también un brazo. Me picaban las hormigas.

—Entonces oyó gritar a un hombre y a una mujer —recordó Lex, al parecer queriendo llegar de una vez a este momento, a esta circunstancia—. Les iban a castigar por algo terminantemente prohibido en aquella isla, hacer el amor...

—Sí, sí —asintió Jennifer—. Así que clavaron dos estacas en la arena y les amarraron a ambos, untando sus cuerpos desnudos con una pasta, medio clara, medio espesa, de color dorado, que resultó ser miel...

— ¿De niña le gustaba la miel? — preguntó Lex.

—Sí — contestó ella.

— ¿Mucho?

—Bastante.

—Y respecto a hacer el amor, ¿qué me dice? —inquirió el psiquiatra; y era ésta, no otra, una de las preguntas que más deseaba llegar.

— ¿Qué quiere que le diga...? —y Jennifer se removió por segunda vez en el sofá en el que permanecía echada.

— ¿A qué edad empezó usted a saber esas cosas que siempre se desean saber antes de tiempo?

—Relativamente pronto —confesó Jennifer.

— ¿Quizá demasiado pronto...? — insistió.

—No creo.

— ¿Qué sintió al saber que hacer el amor era eso? Quizá se había imaginado otra cosa.

—Presentía lo que iban a decirme.

— ¿Cuándo se enamoró por primera vez? —preguntó Lex.

—No me he enamorado todavía —aseguró Jennifer, sin duda con una prontitud excesiva.

—Todas las chicas se enamoran un poco en su infancia De un compañero de colegio, del hijo de una amiga de mamá. Usted no va a ser la excepción.

—Ah, bueno, se refería a eso... —Jennifer respiró ya mejor—. Pues sí, creo que me enamoré de un niño que en el colegio me estiraba de las trenzas.

— ¿Y ya mayor? —inquirió Lex, con naturalidad, como si nada—. ¿De quién...?

—No me he enamorado todavía —repitió Jennifer—, Se lo he dicho hace unos segundos, ¿no? —Y volvió a dar muestras de intranquilizarse.

— ¿Teme lo poco sinceros que pueden llegar a ser los hombres o acaso teme el acto sexual?

—No temo a ningún hombre, ni al acto sexual. Yo no temo a nada ni a nadie —fue como si se le escapara.

—De lo que se desprende que es usted una muchacha resuelta, decidida, que no se arredra ante nada.

—Quizá.

— ¿Debo deducir que todavía no se ha acostado con ningún hombre? ¿O debo deducir todo lo contraria...? No sé qué pensar, pues bien mirado una cosa es enamorarse y otra es buscar placer...

— ¡Doctor Cooley! —protestó Jennifer, incorporándose un poco en el sofá—. Encuentro improcedente...

—No se lo tome así, por favor. Soy un psiquiatra y no tiene de malo que sea total y absolutamente sincera conmigo.

—No he hecho nunca el amor —repuso Jennifer—, Ni siquiera sé lo que son los besos de un hombre... —pero apenas dicho esto comprendió que se había extralimitado.

—Cuesta de creer —ponderó Lex Cooley—, Ante todo porque es usted joven y rica.

—Yo no soy rica —puntualizó Jennifer, y sin poder evitarlo volvió a removerse en el sofá.

—Lo es su tía Nora, lo que viene a significar lo mismo. Usted la heredará.

—Mi tía Nora es todavía joven. Así que, en lugar de morirse, muy

bien podría casarse.

Lex apuntó algo en el bloc.

— ¿Eso cree...?

— ¿Por qué no? De todos modos...

— ¿Qué? —inquirió Lex.

—Acaba de morir Eugene Merrit. Estaba interesada por él y ahora... No sé qué pensará ahora.

—Usted desea la felicidad de su tía, ¿no es eso?

— ¡Oh, sí! —afirmó con énfasis.

—Lo desea tanto, que no sabe qué hacer por ella...

— ¡Oh, sí! —volvió a exclamar, y persistía el énfasis.

—Concluyendo con el tema de antes, ¿se considera usted, sí o no, una reprimida sexual?

—No.

—Bueno, sigamos con el sueño, con la pesadilla que tuvo hace un año.

Jennifer ya no pudo controlar más sus nervios. Encogió las piernas y las llevó hacia un lado, incorporándose. Quedó sentada en el sofá.

— ¡Yo lo que quiero es que averigüe por qué he soñado una y otra vez que Eugene Merrit subía a una avioneta y caía por el espacio! ¡Son horribles, espantosas, esa clase de premoniciones...!

—No debe impacientarse —recomendó Lex—. Compréndalo, aún es pronto para que yo sepa... Ande, échese de nuevo. Relájese. No esté en tensión...

— ¿Hasta cuándo va a durar esto? —gruñó Jennifer, desde luego con los nervios a flor de piel—. Me resulta sumamente desagradable...

—Acabamos de empezar.

—No irá a decirme que esto va a durar meses y meses, ¿verdad?

—Estas terapias son de larga duración. Un mínimo de seis meses. No, no se alarme. En su caso se solventará todo con rapidez. Seguro.

— ¿Por qué está tan seguro? — preguntó Jennifer.

—Échese de nuevo... Y prosiga. —No, no le dijo por qué estaba .tan seguro.

Consiguió que Jennifer le obedeciera. Si bien, a partir de ese momento, todo había de resultar aún más nebuloso é incoherente, y quizá precisamente por eso más revelador.

La verdad es que la muchacha había perdido la seguridad en sí misma.

—Fui a parar a una explanada, a cuyo término había una casa extraña, exótica —siguió con la explicación—. Quise dirigirme hacia allí, pero apenas avanzados unos pasos me percaté de que aquella tierra se hallaba poblada de fosas. Me acerqué a una de ellas y miré hacia abajo. Allí dentro había esqueletos.

— ¿Cuántos? — preguntó el psiquiatra.

La menoría era su fuerte. Recordaba perfectamente que Jennifer le había dicho que en cada fosa había tres esqueletos. Ni uno más ni uno menos.

—Varios, varios... —repuso Jennifer—, ¡Tres en cada fosa! —exclamó al recordar de pronto lo que había dicho a este respecto un año atrás.

—Continúe — indicó una vez más Lex Cooley.

—Del modo más increíble e inesperado, vi que aparecía el hombre vestido de negro, alto y delgado, que en el trasatlántico había querido matarme. Y para que no reparase en mí, se me ocurrió meterme en una de las fosas...

—Y llegaron dos hombres y empezaron a rellenar la fosa. Y la tierra empezó a caer, palada tras palada... Dígame Jennifer, ¿ha temido usted alguna vez, de niña, ser enterrada viva? — había preguntado con rapidez.

—Sí, la verdad es que sí —contestó Jennifer, sin pensárselo suficiente.

No cayó en la cuenta de que un rato antes había asegurado que de niña nunca había sentido miedo a la muerte. Y francamente, estaba clarísimo que no sentir miedo a la muerte y temer ser enterrada viva, no eran, por descontado, dos piezas que encajaran demasiado.

—Salí de la fosa y huí de allí... Huí después de ver quién era el dueño de aquella casa extraña, exótica... Huí, dirigiéndome de nuevo hacia la costa, hacia el lugar donde había dejado el bote salvavidas. Y ya en la cala de fina arena, me quedé horrorizada. Resultaba espeluznante el espectáculo que mis ojos estaban viendo. Amarrados a las estacas de madera, el hombre y la mujer se habían convertido en dos bultos sobre los que se amontonaban miles y miles de bulliciosas y hambrientas hormigas gigantes.

—Y al descubrir el rostro del hombre —prosiguió Lex—, lo vio deformado. Aquella fisonomía se había convertido en una máscara espantosa.

—No tan espantosa como la fisonomía del hombre vestido de negro, alto y delgado, que de pronto apareció de nuevo ante mí alzando en el aire el puñal con la letra M grabada en su hoja.

—Pero ¿no me dijo hace un año que nunca vio, en su sueño, en su pesadilla, el rostro de ese hombre? ¿En qué quedamos?

—No, no vi su rostro —se apresuró a corregirse a sí misma—, Debido a la niebla.

—Por cierto —terció Lex Cooley de pronto, tan de pronto que casi no parecía venir a cuento—: Dígame lo que pasa ahora por su mente... Dígame lo que está pensando usted ahora mismo.

—Estoy pensando —contestó Jennifer— que todo esto no va a llevarnos a ninguna parte.

Pero su pensamiento era otro.

«Este psiquiatra está intentando cazarme. Está intentando cazarme…»

*

— ¿Cómo ha ido…? — le preguntó Nora Potter.

Lex Cooley había dado como finalizada aquella primera sesión de psicoanálisis, y en aquel momento, fumando un cigarrillo, entraba en el salón.

En lugar de responder a la pregunta, formuló otra:

— ¿Puedo hablar con usted? Me gustaría saber, para así simplificar en lo posible…

No hizo falta que siguiera. Nora Potter se anticipó a sus palabras.

—Podemos hablar todo lo que usted quiera.

—Se trata —dijo Lex— de que creo adivinar en su sobrina un deseo ferviente, ansioso, casi frenético, de que usted sea feliz.

— ¿Sí? — inquirió Nora Potter.

—Feliz sentimentalmente, claro —aclaró Lex.

— ¡Ah!

—Ese deseo, que su sobrina cree no exteriorizar, pero que sin embargo confiesa con un énfasis hartamente elocuente, le está torturando indeciblemente. Hasta haber convertido su vida, lo aseguraría, en un suplicio espantoso.

—Yo no podía imaginar nada parecido —manifestó Nora Potter.

—Aún no estoy seguro de lo que acabo de exponerle —observó Lex—, pero todo, desde luego, apunta en ese sentido. Así que, le agradecería que usted me dijera si lamentó mucho la muerte de Montgomery Kerr. Creo que debemos de empezar a hablar de él, para coger el hilo por la punta…

—Era una buena persona, o al menos como tal le tenía yo —repuso Nora Potter—, Sentí muchísimo su muerte. Aunque teniendo presente que se disponía a matar a mi sobrina…

—Me gustaría que respondiera a esta pregunta. Si no hubiera sucedido lo que sucedió, ¿se habría casado, usted con Montgomery Kerr?

—Es posible —admitió ella—. Muy posible. Al principio rechacé la idea por absurda, por ridícula, a mis años… Y teniendo presente los años de él. Pero, lo confieso, la idea empezó a serme grata, placentera y… Sí, creo que me hubiera casado con él.

— ¿El le había confesado ya sus sentimientos? —quiso saber Lex.

—No abiertamente — contestó Nora Potter—, Pero iba hacerlo, estoy segura. En esto las mujeres no nos equivocamos nunca.

— ¿Y con Eugene Merrit…? —inquirió Lex —. ¿Qué es lo que

sentía exactamente por él?

—Se lo diré con toda sinceridad —contestó Nora Potter— Sentía por él lo que Montgomery Kerr despertó en mí. No sé si me explico... Montgomery Kerr hizo que yo, como mujer, cobrara ilusiones, vida... Luego murió y todo aquello acabó en nada. Con Eugene Merrit había vuelto a cobrar esperanzas de una existencia no tan vacía como la que ahora llevo…

— ¿Le dijo Eugene Merrit que la quería?

—No —reconoció Nora Potter—, pero de un momento a otro iba a decírmelo. En fin, también él ha muerto y ya no tiene sentido seguir hablando de ello. Algo, desde luego, está claro. No tengo suerte. Así que un hombre se fija en mí…

—Quizá mueren —puntualizó Lex— precisamente por ello, por fijarse en usted.

— ¿Qué quiere decirme? ¿Qué insinúa...? —Nora Potter se había quedado con los ojos muy abiertos.

—Tal vez alguien está empeñado en que usted no se case ¿No se le ha ocurrido pensarlo?

—Está aludiendo a mi sobrina —se había sofocado—. Sólo a ella podría interesarle que... Sin embargo, usted ha dicho hace poco que cree adivinar en mi sobrina un deseo ferviente, ansioso, casi frenético, de que yo sea feliz... Pues no, no entiendo a dónde quiere ir a parar...

—Vale más que deje las deducciones para más adelante, si es que en realidad mi tesis se confirma —repuso Lex—, Sin embargo, me interesaría que me dijera una cosa más...

—Las que desee.

— ¿Qué significa en su vida, en estos momentos, Frank Goddar?

—Un hombre que compra y vende chatarra —dijo Nora Potter— y que no gana lo que quisiera, y que sigue soltero. Un hombre que ha pensado en casarse conmigo y que el otro día me dijo que se sentiría afortunado si yo le aceptaba.

— ¿Y usted...?

—Cuando me habló así, yo estaba decidida a casarme con Eugene Merrit —admitió Nora Potter—: de ello que no le hiciera demasiado caso.

— ¿Y ahora? —inquirió Lex—, ¿Y ahora que Eugene Merrit ha muerto?

—Creo que consideraré la proposición de Frank Goddar — se sinceró Nora Potter.

Y fue precisamente Frank Goddar quien llegó en aquel momento. Alegre y simpático como era proverbial en él.

—Venía a saludarla —dijo, estrechando la diestra de Nora Potter —. Pasaba casualmente por aquí... Espero no estar molestándola.

—Todo lo contrario —aseguró ella—. Me complace el verle ¿Como

van esos negocios?

—No como quisiera.

—Lo lamento.

— ¡Oh, no se preocupe por mí! El día menos pensado buscaré una mujer rica y me casaré con ella —bromeó de buena gana, riéndose.

—Para dar con una mujer rica no ha de buscar muy lejos. Yo estoy aquí. —Y Nora Potter también había bromeado, riéndose a su vez.

Lex Cooley pensó que lo mejor que podía hacer era dejarles solos. Sin duda se lo agradecerían.

—Me disculpan, ¿verdad? Tengo que hacer una visita.

*

No dijo una cosa por otra.

Tenía ciertamente que hacer una visita.

La dirección se la había facilitado el que fue socio y amigo de Montgomery Kerr. Así que fue directamente al encuentro de la interesada.

Le abrió ella misma. Una mujer de unos veintiocho años, muy guapa. Vestía modestamente. Como modesto era el piso en el que vivía

Lex Cooley se presentó, y acto seguido le dijo que necesitaba de ella. Se trataba, de ser posible, de esclarecer los hechos acaecidos un año atrás.

—Pase usted — le ofreció.

Ya en el cuarto de estar, Lex no quiso dilatarse en pormenores superfluos y abordó directamente al quid de la cuestión.

—Usted y Montgomery Kerr fueron novios, ¿no es eso?

—Sí.

—La boda se rompió. Usted se casó con otro.

—Sí —había de añadir, con la cabeza baja—. Toda la culpa fue mía

—Dígame cómo fue aquello.

—Conocí a un hombre rico y pensé que no debía dejarle escapar —confesó ella—. Pero luego murió mi marido, y entonces me enteré de que estaba arruinado. Supongo que tuve lo que merecía.

— ¿Qué pasó después? Ya viuda, ¿volvió a ver a Montgomery Kerr?

—Había decidido casarse con Nora Potter —repuso ella—. Una mujer mayor...

—Pero ¿volvió a verle? — insistió.

—Sí. Un día, cuando menos le esperaba, se me presentó aquí. Me dijo que había querido olvidarse de mí, pero que no lo había conseguido y que por eso volvía...

— ¿Quiso decirle con estas palabras que seguía amándola? —preguntó Lex.

—Sí —afirmó la mujer—. Por lo demás, en seguida quiso hablar de nuestra boda. Pero yo le pedí que lo pensara mejor...

— ¿Y después?

—Después sucedió lo que todo el mundo ya sabe. Algo tan raro, tan incomprensible, que yo aún no he salido de mi asombro, de mi perplejidad. ¿Por qué iba a querer matar a Jennifer, a la sobrina de Nora Potter? Me lo he preguntado un centenar de veces.

— ¿Y qué se ha respondido?

—No he dado con ninguna respuesta. Por lo menos ninguna de mis propias respuestas me ha satisfecho.

— ¿Conoce personalmente a Jennifer? —fue la siguiente pregunta de Lex.

Ella asintió, con un gesto. Luego había de decir

—No me gusta esa chica.

Siguieron hablando.

Pero pronto se convenció Lex Cooley de que la ex novia de Montgomery Kerr no iba añadir nada más de interés.

—Bueno, me voy ya —se despidió—. Lamento las molestias que haya podido causarle.

## CAPITULO VII

Al día siguiente, al poco de haber dejado su dormitorio y descender a la planta baja, Lex oyó llorar a Jennifer.

La muchacha estaba en la salita, y el psiquiatra fue a ver qué le pasaba.

Apenas él apareció en la estancia, Jennifer corrió a su encuentro, y con un total descontrol emocional, con un casi absoluto desequilibrio psíquico, exclamó:

— ¡Es horrible, espantoso! Esta noche pasada he tenido una nueva pesadilla... ¡Ahora es Frank Goddar el hombre que muere, que parece...!

—No va a ganar nada alterándose así —advirtió Lex, y miraba fijamente a la muchacha.

Se estaba preguntando si fingía o si era sincera.

—Por favor, ayúdeme, doctor Cooley —la voz de Jennifer se estrangulaba de angustia—. No, no quiero que mi nueva pesadilla sea otra premonición... ¿No se da cuenta? ¡Voy a acabar volviéndome loca!

—Siéntese, cálmese... —exhortó Lex, siempre sereno e inalterable su tono.

La acompañó hasta un sillón, haciendo que se acomodara.

—Doctor Cooley, ¿por qué tengo esas pesadillas? Resulta enloquecedor, alucinante...

—Creo que todo sería más fácil para mí —opinó Lex— si usted fuera enteramente sincera y leal conmigo. Sinceramente se lo digo, creo que no lo es.

— Respondo a todas sus preguntas, ¿no?

—Mucho me estoy temiendo que no se atenga con la debida rigurosidad a las reglas del juego.

— ¿Quiere decir...?

—Que me miente, y perdone la franqueza de mi expresión. Pero ahora no es el momento de que la recrimine, está muy nerviosa, muy alterada. A menos que esté representando un papel y, en consecuencia, esté fingiendo... Lo que no creo — reconoció sinceramente—, pues lo hace muy bien, demasiado bien. Bueno, ¿y si vamos a desayunar? —propuso sin transición—. Creo que es lo mejor.

Jennifer no tenía ganas de desayunar. No obstante, pensó que quizá le sentara bien meter algo en el estómago. Mientras tanto, reflexionaría sobre qué actitud tomar. Resultaba evidente que no estaba engañando a Lex Cooley.

Cuando llegaron al comedor, Nora Potter y Loretta estaban ya allí.

Dick, impecable mayordomo como siempre, acababa de servirles

café, leche y tostadas con mantequilla. También mermelada.

No habían transcurrido aún cinco minutos cuando sonó el timbre de la puerta. Había llamado la mujer que iba a hacer las faenas a la casa de los Merrit.

Alargó un sobre cerrado.

— ¿A quién debo entregarlo? —tuvo que preguntarle el mayordomo, al ver que el sobre estaba en-blanco.

—El señor Merrit me ha dicho que viniera y lo entregara. No me ha dicho nada más — respondió la mujer.

Dick entró en el comedor con el sobre en las manos.

— ¿Para quién es? — preguntó Nora Potter.

—No lo sé...

Con gesto sorprendido. Nora Potter cogió el sobre y lo miró por ambos lados. Tampoco había remitente. Instantes después lo abría, viendo que en su interior contenía un papel con unas cuantas líneas escritas.

No tenía los lentes al alcance de la mano, así que alargó el papel a Jennifer.

—Léelo tú.

Jennifer lo cogió, reparando que estaba escrito con una letra nerviosa y desigual. Empezó a leer en voz alta:

—«Doctor Cooley, ya tengo atrapado al asesino de mi hermano...»

Pálida, desencajada, Jennifer se detuvo.

Todos habían quedado envarados, rígidos. Aquello era lo que menos se esperaban.

— ¿Quién firma? —preguntó Lex, rompiendo aquel silencio—. Sin duda Cecil Merrit...

—Sí, Cecil Merrit, nuestro vecino... El paralítico —asintió Jennifer tras echar una nueva ojeada al papel.

—Sigue —apremió Nora Potter.

—«Mis prismáticos llevan incorporada una cámara fotográfica, y como sea que yo estaba mirando hacia la casa cuando alguien empujó a mi hermano con una barra de hierro, y como sea, asimismo, que al no lograr ver la identidad de esa persona optara por descargar el dispositivo fotográfico... Ahora, pues, voy a tenerlo sencillo. Con ampliar los negativos...» —la voz de Jennifer se había ido afinando más hasta convertirse en algo ininteligible.

—Es extraño que el señor Merrit se haya olvidado de poner en el sobre el nombre del doctor Cooley —observó Loretta, quizá inducida a decir algo ante el silencio denso, cortante, que de pronto les había rodeado.

—Sí, es extraño —asintió Lex.

Pero él sabía perfectamente que Cecil Merrit lo había hecho a sabiendas para que la carta fuera leída por cualquiera, en voz alta, y

para que, en consecuencia, de su contenido se enteraran todos los ocupantes de la casa. Sin excepción.

—Señora —intervino solícitamente el mayordomo—, ¿quiere que traiga más leche?

Nora Potter había alargado la mano hacia el jarro de la leche, pero la leche se había acabado. Por ello el mayordomo formuló esa pregunta.

—No, gracias, Dick —contestó ella, dándose cuenta de que aquello había sido un mero gesto.

—Si disparó el dispositivo fotográfico —comentó Jennifer—, y si ahora amplía los negativos...

—Tendrá atrapado al asesino, en efecto —sentenció Lex—. Sí, no cabe la menor duda.

—Y en cuanto sepa quién es el asesino —añadió Loretta—, avisara a la policía

—Parece sospechar de uno de nosotros —y Jennifer, sobreexcitada echó atrás la silla levantándose.

—Si en esta casa sucedió el hecho —apuntó Lex—, es lógico que Cecil Merrit dé por descontado que...

—El hecho sucedió en el tercer piso —observó Nora Potter—. Un piso que está vacío, al que puede tener acceso cualquiera.

—Cualquiera —indicó Lex— que sea de la casa. A menos que el intruso entrase por la puerta de atrás. Por donde debió entrar, sin duda, el propio Eugene Merrit De lo contrario, alguno de nosotros le hubiéramos visto.

— ¡Se me rompen, se me desquician los nervios! —exclamó Jennifer, con expresión enajenada, delirante—, ¡Esto no hay quien lo soporte! ¡Yo al menos no puedo soportarlo!

Sin poder controlarse por más tiempo, salió corriendo del comedor. Y una vez más había de refugiarse en la salita, donde Lex Cooley, al seguirla había de encontrarla mordiéndose los puños.

— ¿Por qué no se sincera conmigo y se libera del peso insufrible que la oprime, la agobia?

Jennifer se volvió violentamente hacia él, en actitud histérica, neurótica.

— ¿Por qué se empeña en que sea sincera, acusándome, por tanto, de no serlo? La tiene tomada conmigo.

—Usted sabe muy bien que me ha mentido —repuso Lex—, En realidad me está mintiendo desde que hace un año fue a verme a mi consultorio de Londres.

— ¡Cállese! ¡Cállese! —exclamó sin poder contenerse, sin poder controlarse.

Lex Cooley cerró la puerta. Pensó que, haciéndolo así, tal vez facilitara las cosas.

— ¿A qué callar —dijo seguidamente— si toda esta historia está llegando ya a su término, a su desenlace? Ya no cabe dudarlo después de las líneas que nos ha escrito Eugene Merrit Por lo demás —agregó —, yo también he sacado mis propias conclusiones.

— ¿A qué conclusiones se refiere? —preguntó Jennifer.

—Vuelvo a lo de antes, a la visita que me hizo hace un año a mi consultorio de Londres. Aquel sueño, aquella pesadilla, fue algo total y absolutamente inventado... Y la prueba está en que ahora, al rememorar todo aquello, lo repite esforzándose por hacerlo muy al pie de la letra, pero con lagunas, con omisiones, con olvidos que resultan inadmisibles... De tratarse de algo real, auténtico, de algo que usted sintiera incrustado en sí misma como fuego, se acordaría mejor de...

La crisis nerviosa de Jennifer desembocó, de pronto, en un llanto entonces, desesperado. Su estabilidad psíquica, tan tambaleante hasta entonces, se derrumbó, quedó hecha añicos.

— ¡Sí! ¡Sí! —gritó, descompuesta, angustiadísima—. ¡Me inventé todo aquello!

— ¿Con qué objeto? ¿Con qué finalidad?

— ¡Estoy arrepentida de lo que hice! —exclamó, y volvía a morderse los puños—. ¡Tan arrepentida que daría mi vida por poder volver atrás!

—Prosiga. Yo la ayudaré.

— ¡A mí no puede ayudarme nadie! ¡Y acabaré volviéndome loca! ¡Sí, loca de remate, porque mi sufrimiento es insoportable!

—Quiso acabar con Montgomery Kerr para que no se casara con su tía Nora, ¿no es eso?

—Sí, y se me ocurrió inventar ese disparatado sueño, esa desquiciada pesadilla. Para así, de antemano, justificar y dar sentido a lo que iba a suceder después.

No hizo falta que Lex la animara a proseguir. Jennifer estaba ya lanzada. En realidad, casi no se daba cuenta de que lo estaba confesando todo.

—Desde la misma clínica telefoneé a Montgomery Kerr. Le hice saber que la enfermera que me atendía estaba buscando un puñal de ciertas características. Las mismas características, por descontado, que en mi sueño... Con una letra, la M, grabada en su hoja. Le dije que desearía regalárselo dado que su hobby era coleccionar armas blancas. Y Montgomery Kerr, que era muy bueno, me vino a ver pocas horas después con lo solicitado. Ya en la clínica...

Jennifer se detuvo. Su respiración era tan entrecortada, angustiosa y jadeante que daba la impresión de que, de un momento a otro, iba a ahogarse.

—Ya en la clínica —prosiguió— le pedí que me enseñara el puñal.

Apenas así lo hizo, le rogué que lo alzara en el aire, como si quisiera matarme... Me preguntó el porqué de mi petición. Le dije entonces que había empezado a escribir una novela y que no sabía con exactitud si cierta secuencia resultaría convincente... Montgomery Kerr no terminó de entenderme bien, pero quiso complacerme e hizo lo que le pedía... Era el instante que esperaba y no lo desaproveché. Saqué la pistola que guardaba bajo el embozo de la sábana y disparé repetidamente. Cayó muerto.

—Había muchos testigos... —objetó Lex—. Todos iban a declarar que Montgomery Kerr quiso matarla. En conclusión, pues, tenía asegurado que los jueces la absolvieran.

—Exactamente —asintió Jennifer—, y en un principio me consideré muy lista. Sin embargo..., sin embargo...

—La estoy escuchando con toda atención.

—Empecé a sentir remordimientos. Sobre todo al ver en los ojos de Dick...

— ¿De Dick? — inquirió Lex.

—De nuestro mayordomo, el hombre del que estoy enamorada. Si, vi en sus ojos que me reprochaba lo que había hecho. Yo le había asegurado que no permitiría que tía Nora se casara y nos dejara sin dinero, y él pareció estar de acuerdo. Pero no, él no quería que recurriera a esa clase de métodos...

—Comprensible — intercaló Lex.

—Empecé a sentir remordimientos —repitió— y esos remordimientos fueron creciendo, creciendo, hasta convertirse en una ola aniquiladora, aplastante. Pero me sentí más calmada, más relajado mi ánimo y mi espíritu, cuando tía Nora empezó a sentirse interesada por Eugene Merrit Yo pensé que, si llegaba a ser feliz con él, quizá yo dejara de sentirme tan culpable. ¡Y sí, a partir de ese momento deseé ansiosamente, fervientemente, todo lo contrario de aquello que me impulsó a convertirme en una asesina!

—Una reacción totalmente lógica y explicable.

—Ante mi verdadera pesadilla, en la que Eugene Merrit subía a una avioneta y moría, creí perder la razón... Comprendí que esa pesadilla sí iba a ser una auténtica premonición. Y por eso, porque lo comprendí hasta estremecerme, es por lo que, al verle a usted, le rogué que se quedara. Pensé que quizá pudiera tenderme una mano.

—Está claro —dijo Lex—: acosada por su propio sentimiento de culpabilidad, su Yo inconsciente le ha hecho soñar una y otra vez algo parecido a lo que en otra ocasión se inventó... Algo que en otra ocasión temía que se cumpliera, por lo que resultaba que su propio temor se convertía en un castigo que usted se infligía a sí misma Y por el mismo motivo —agregó Lex— sueña ahora que es Frank Goddar el que parece...

—El día que Eugene Merrit murió —repuso la muchacha—, me pareció oírle entrar en la casa por la puerta trasera. Me pareció que subía por la escalera de caracol hasta el tercer piso. Aquello era insólito, así que pensé que había oído mal. Aun así, subí hasta el tercer piso. Pero entré en la estancia del balcón, y en las otras, y allí no había nadie. Vi el balcón abierto, pero no caí en la cuenta de ello hasta un rato después... Hasta que oímos gritar a Eugene Merrit, antes de que su cuerpo se estrellara...

— ¿Viene a decirme con eso —inquirió Lex—, que no fue usted quien le empujó?

— ¡Sí! ¡Yo no fui! —exclamó Jennifer—, ¡Yo quería que tía Nora se casara con él! ¡Yo quería que tía Nora fuera feliz!

Temía que Lex Cooley no la creyera. Pero en este sentido se vio gratamente sorprendida.

—La creo —declaró él—. Desde luego que sí. Pero si usted no fue la persona que acabó con su vida, ¿quién fue entonces? —hablaba así, pero tenía ya sus sospechas.

La puerta de la salita se había abierto. Acababa de dejarse ver Dick, el mayordomo.

—Yo no—dijo.

—Que usted no, ¿qué? — preguntó Lex.

—Que yo no lo maté. Y quiero dejarlo bien claro, pues no deseo verme metido en este feo y sucio asunto.

—He confesado lo que hice... ¡Lo he confesado! —exclamó Jennifer llorando, dirigiéndose a Dick—, Ya no podía más con la angustia, con la desesperación que me roía...

—Has hecho bien —aprobó el mayordomo—. Y no, no temas ser juzgada con excesiva severidad por la justicia. Lo cierto es... —Dick se volvió hacia Lex Cooley— que Jennifer es una pobre enferma. Lo ha sido siempre, desde niña.

*

Al salir de la salita y entrar de nuevo en el comedor, reparó que Nora Potter no estaba allí.

—Se ha ido a su habitación, a echarse un rato — le informó Loretta—. De pronto le ha entrado un terrible dolor de cabeza.

Sin responder a estas palabras. Lex se precipitó hacia la escalera de caracol, subió los peldaños de tres en tres, y ya en el piso de los dormitorios irrumpió sin contemplaciones en el de la dueña de la casa.

Lo que se imaginaba, allí no había nadie.

Volvió a bajar. Tan rápidamente como había subido.

—Debe de estar con Cecil Merrit. Necesita apoderarse de esos

negativos…

— ¿Qué dices?

—Cecil Merrit escribió esa nota para que el asesino vaya a su encuentro. Y habrá conseguido lo que se proponía… ¡Corramos, tal vez aún lleguemos a tiempo de evitar lo irreparable!

# CAPITULO VIII

Cecil Merrit tenía el sillón de ruedas situado cerca de la ventana, así que vio acercarse a Nora Potter. Andaba rápida, ligera. Se arrebujaba en un abrigo de corte holgado.

El paralítico no esperó a que llamaran a la puerta. Fue a abrir.

—Pase, pase —la instó apenas la tuvo delante—. ¡No sabe lo que me alegra verla! Está ya al corriente de la nota que he escrito, ¿verdad? Sin duda el doctor Cooley la ha informado...

—Sí, sí —asintió Nora Potter con la máxima naturalidad posible, entrando en la casa.

—Creo saber quién es el asesino de mi hermano —continuó Cecil Merrit—. En realidad, desde el principio he recelado de él. Me refiero a Dick, a su mayordomo... Pero necesito pruebas. Pruebas que no tardaré en tener...

—Sí, claro, en cuanto revele y amplíe convenientemente los negativos. —La voz de Nora Potter no salía con normalidad de su garganta.

— ¿Sabe lo que estoy pensando? —sugirió Cecil Merrit seguidamente—. Puesto que usted está aquí, en lugar de darle el carrete al doctor Cooley se lo voy a entregar a usted... Cuanto antes estén reveladas y ampliadas esas fotos...

—Me parece una buena idea —aprobó la Potter—. Cuanto antes salgamos de dudas, mejor para todos.

—Estaba tomando el desayuno —le hizo saber Cecil Merrit indicando una pequeña mesa sobre la que había una cafetera y una taza—. ¿Le apetece acompañarme? Una taza de café siempre sienta bien.

—Será mejor que no perdamos tiempo —adujo Nora Potter.

—Tiene razón, tiene razón —reconoció Cecil Merrit. Pero había de añadir—: Bueno, la verdad es que siento frío, que me noto un poco indispuesto. Será preferible que me tome cuanto antes esa taza de café bien caliente. ¿No quiere usted otra — insistió— antes de que se enfríe?

Nora Potter estaba mirando a su alrededor. Buscaba los prismáticos, la máquina fotográfica... Para eso había ido allí. Para conseguir, al precio que fuera y como fuera, que la identidad del asesino siguiera en el incógnito.

Pero puesto que Cecil Merrit le había dicho que iba a entregarle los negativos, no, no debía precipitarse.

—Acepto el café. Gracias —sonrió.

Cecil se dirigió a un pequeño aparador, de donde sacó otra taza de café, con su correspondiente platillo. Y ya colocada la taza sobre la

mesita, vertió el café en las dos tazas.

—Tome…

Nora Potter se llevó el café a los labios, bebiéndolo a pequeños sorbos. Sin demasiadas prisas para no llamar la atención.

Cecil Merrit bebió el suyo.

—Y ahora —dijo seguidamente Nora Potter, ya del todo vacía su taza de café—, si me entrega ese carrete…

Esperaba que Cecil Merrit siguiera comportándose como hasta entonces, demostrando que estaba completamente despistado. Porque resultaba evidente que no le había cruzado por la cabeza la idea de que el asesino de su hermano pudiera ser otro que no fuera Dick, el mayordomo.

Pero, claro, esto es lo que parecía. Simple y llanamente lo que parecía. La realidad era otra, distinta.

Por eso, sin duda, Cecil Merrit expuso en aquellos momentos:

—Creo que será preferible que no le entregue los negativos. Se los daré al doctor Cooley así que venga a verme… De él sí me fío…

No hicieron falta otras palabras para que Nora Potter, levantándose de un brinco y tras sacar una pistola del bolsillo de su abrigo, conminara:

— ¡Va a entregármelos ahora mismo! De lo contrario… —No era necesario que concluyera, su actitud y su expresión resultaban hartamente elocuentes.

— ¡Fue usted! —afirmó Cecil Merrit, habiendo llegado ya a la conclusión deseada, y definitiva—. Lo sabía. ¡Lo sabía!

— ¡Sí, fui yo! —exclamó Nora Potter. Ocultar la verdad ya no podía servirle de nada—. Fui yo quien arrojó a Eugene balcón abajo.

— ¿Por qué lo hizo? —preguntó Cecil Merrit—. No acierto a imaginármelo. —Pero sin esperar la respuesta, añadió—: A través de los cristales estoy reparando en el doctor Cooley, y en una muchacha… Están acercándose muy rápidamente, se encuentran ya muy cerca de aquí. Con franqueza la veo a usted en un callejón sin salida…

—Estaría en un callejón sin salida —puntualizó Nora Potter, con la expresión crispada— si no tuviera esta pistola en la mano. Pero la tengo.

—Van a llamar de un momento a otro…

—Ábrales, como si no pasara nada, como si todo fuera normal. Una vez dentro, yo les presentaré mis respetos.

—Temo no tener opción a otra alternativa.

—Por descontado que no.

Cecil Merrit dirigió su sillón de ruedas hacia la puerta así que hubo sonado el timbre. Al poco abría.

— ¡Menos mal que le encontramos sano y salvo! —se alegró Lex

—. Nos temíamos...

Apenas Lex y Loretta entraron en la casa, oyeron tras ellos la voz de Nora Potter. Una voz enronquecida, áspera, que no se parecía nada a la suya.

— ¿Qué se temían? —y cerró la puerta.

— ¿Por qué mató a Eugene Merrit? —había de preguntarle Lex, acto seguido, sin perder la compostura.

Sin perderla, en absoluto, porque en realidad no se sentía en manos de aquella mujer. Lo cierto es que había telefoneado al inspector. Un coche de la policía, haciendo sonar su sirena, no tardaría, pues, a presentarse allí.

—Se lo voy a contar —anunció Nora Potter, y su voz seguía sonando enronquecida y áspera—. Bien mirado es lo último que van a hacer ustedes, satisfacer su curiosidad. Después les mataré... Tengo muy buena puntería, ¿saben? Aún me sobrarán balas.

—Nos matará —repuso Lex, mientras atraía hacia sí a Loretta, que se sentía temblorosa—, A continuación, claro está, buscará los negativos y los quemará.

—Sí, eso mismo —ratificó Nora Potter—. Y cuando la policía se canse de sacar deducciones erróneas, o cuando haya detenido a Jennifer, dado que ella quizá sí les resulte sospechosa, pues entonces me casaré con Frank Goddar y seré feliz.

—Pero antes —dijo Lex, entre otras cosas, pretendiendo ganar tiempo— cuéntenos por qué lo hizo. Eugene Merrit deseaba casarse con usted...

*

No, no deseaba casarse con ella.

Como tampoco quiso hacerlo Montgomery Kerr.

Pero, bueno, todo empezó cuando ella heredó una gran fortuna y se hizo la ilusión de que aún no era tarde para casarse, para ser feliz como cualquier otra mujer.

De joven no tuvo suerte. Todos los hombres que le habían gustado se habían casado con sus amigas. Almacenó una insoportable cantidad de acíbar.

Al heredar, pensó que todo iba a cambiar. Y en efecto, al poco se veía recibiendo las amabilidades y las gentilezas de Montgomery Kerr. Gentilezas y amabilidades que evidentemente iban a desembocar en su propuesta de matrimonio.

Sin embargo, no fue así. Montgomery Kerr fue a visitar a su ex novia y cambió de manera de pensar.

Llena de incontrolada, furiosa y vengativa rabia, Nora Potter no se vio capaz de soportar aquello. Pero optó por dejar hacer a su sobrina.

Había visto en los ojos de Jennifer que no estaba dispuesta a consentir que Montgomery Kerr se casara con ella.

Cuando Montgomery Kerr murió a balazos, ella se congratuló de haber dejado el protagonismo a su sobrina Jennifer. Una muchacha enferma de los nervios, que de niña había sufrido ataques epilépticos y que, no cabía dudarlo, había solucionado el asunto de un modo rotundo, categórico, y a la vez implacable, sin concesiones.

A partir de ese momento, liberada ya de sus deseos de venganza, Nora Potter esperó a que otro hombre se le acercara con fines matrimoniales. Pero, con gran asombro por su parte, ese hombre no apareció.

Hasta que, más o menos un año después, Eugene Merrit fue un día a visitarla y le dijo que estaba aún de muy buen ver y que sin duda sería afortunado el hombre que consiguiera que ella le mirara con simpatía

Eugene Merrit no estaba nada mal, a menos a juicio de Nora Potter. Así que ella sintió que renacían sus esperanzas.

Su vecino llegó a pedirle que se casaran. Sí, se lo pidió un atardecer, mientras el sol se ocultaba en el horizonte.

Pero aquella declaración de amor no resultó nada romántica, pues Eugene Merrit había de añadir que él no abandonaría nunca a su hermano Cecil.

Nora Potter quiso convencer a su pretendiente de que su hermano Cecil podía vivir solo. Ella no quería saber nada de aquel paralítico que se veía obligado a desplazarse de aquí para allá en un sillón de ruedas.

Eugene Merrit insistió en que quería mucho a su hermano y en que no le dejaría solo por todo el oro del mundo.

—Si lo hiciera —añadió— no tendría perdón de Dios. No sólo porque es mi hermano, sino porque está paralítico por mi culpa.

Entonces le explicó que años atrás trabajaban en un laboratorio. Ambos eran químicos e investigaban sobre una sustancia que podía resultar de gran trascendencia para la Humanidad. Aunque según como la Humanidad la llegara a utilizar, podía resultar nefasta, de trágicas consecuencias. Como fuera, el experimento no salió bien. Por su culpa sobrevino una explosión en el laboratorio. Del techo se desplomó una viga que aplastó a Cecil Merrit Pudo salvársele la vida, pero no devolver el movimiento a sus piernas.

Este relato no ablandó a Nora Potter, quien siguió exigiendo a Eugene Merrit que se desentendiera de su hermano.

Y Eugene Merrit por su parte ya no necesitó pensárselo más. Desistió de la idea que se había hecho. No se casaría con Nora Potter.

—Dejémoslo estar — le dijo.

Al ver que el hombre se le escapaba, Nora Potter cambió de

actitud, varió de táctica.

Entonces le dijo que sí, que bien, que no le importaba que Cecil Merrit viviera con ellos.

Pero ya era tarde. Eugene Merrit había comprendido que esa boda sería un desacierto. Así que se negó.

Nora Potter había de insistir. Una y otra vez. Cualquier cosa antes que perderle.

Sin embargo. Eugene Merrit siguió en sus trece. No se casaría con ella. Una y mil veces no. A su pobre hermano no podía darle una cuñada como Nora Potter, que antes o después acabaría haciéndole la vida imposible. De todos modos, en el fondo no censuraba demasiado a aquella mujer. Para él, la culpa de todo la tenía su sobrina Jennifer, una muchacha nerviosa y excitable, que, sin duda por serlo, había agotado la paciencia de la tía que le había hecho de madre.

No, Eugene Merrit no cedió.

En consecuencia, Nora Potter volvió a sentirse llena de incontrolada, furiosa y vengativa rabia. ¡De ella no se burlaba nadie! ¡Lo juraba!

Entonces se le ocurrió hacer los comentarios precisos, pertinentes, para que Jennifer diera por descontado que se iba a casar con Eugene Merrit

Cuando creyó que se iba a casar con Montgomery Kerr, ¿no fue ella la que se lo solucionó todo?

Pero los ojos de Jennifer no brillaban malévolos como en aquella ocasión. Al contrario. Le dio la impresión de que se alegraba sinceramente de la nueva que le había dado.

Al día siguiente, sin embargo, Jennifer había de levantarse muy inquieta, muy agitada. Luego, se enteró de lo que le pasaba.

Lo supo cuando Lex Cooley se quedó, a instancias de su sobrina, a pasar unos días con ellos. Cuando su sobrina y el psiquiatra conversaron en la salita, a solas. Bueno, a solas exactamente no. Ella estaba escuchando tras la puerta.

Entonces se enteró de la pesadilla que agitaba los sueños de Jennifer, Una pesadilla donde Eugene Merrit caía al vado desde una avioneta.

Lo decidió sin necesidad ni precisión de pensarlo mucha Toda ella seguía llena de incontrolada, furiosa y vengativa rabia.

Cierto atardecer, Nora Potter salió al encuentro de Eugene Merrit y le puso en las manos la llave de la casa. La llave de la puerta trasera. Le dijo que le esperaba en el tercer piso.

Antes de acudir a la cita, Nora Potter se dio cuenta de que era su sobrina Jennifer la que subía la escalera de caracol e iba allí, al tercer piso, a ver qué pasaba.

A juicio de Jennifer no debía de pasar nada, o al menos no vio a

nadie, y volvió a bajar.

Entonces ella, Nora Potter, entró en la estancia del balcón con una barra de hierro.

Poco después, Eugene Merrit lanzaba aquel grito.

Un grito espeluznante. Un grito ronco, arañado, de infinito e inenarrable pánico. De supremo miedo. De desbordante terror.

*

—Y ya está todo explicado —resumió Nora Potter, y alzando la cabeza desafió de modo cínico, perverso, a las personas que la habían escuchado—. Ah, no, no todo está contado —se corrigió a sí misma—. Fui yo la que puso el cepo bajo .la hojarasca. Adiviné que Eugene Merrit le llamaría a usted, doctor Cooley. Quise darle un buen susto, para que se fuera de aquí lo antes posible. No, sinceramente, no deseaba ningún mal al viejo Tom.

Dicho esto, Nora Potter calló. Ahora sí había concluido ya con su narración. No quedaba ya nada por decir.

Lex Cooley la estaba mirando con fijeza.

Loretta por su parte también la miraba. No terminaba de comprender cómo una mujer pudiera ser tan mala.

En cuanto a Cecil Merrit se mostraba mucho más tranquilo de lo que parecía lógico esperar en unas circunstancias como aquéllas.

Fue Lex quien, tras un silencio corto, pero cortante como el más afilado de los cuchillos, preguntó:

— ¿Y ahora qué? ¿Cómo espera que acabe todo esto...?

—Lo he dicho antes, ¿no? Voy a matarles...

— ¿Y no se le ha ocurrido pensar que yo, antes de venir aquí, haya podido telefonear a la policía?

—Lo he pensado, claro que sí —admitió Nora Potter, sin alterarse —, Pero aunque usted haya telefoneado al inspector, no ha podido decirle quién era el culpable. Aún no lo sabía, al menos con exactitud... Así que yo me iré antes de que llegue y lo averigüe. Después ya me las arreglaré para que las sospechas no recaigan sobre mí.

—Mejor en su sobrina, ¿no es eso? — ironizó Lex.

—Mucho mejor — convino.

Y fue en aquel preciso instante cuando el cuerpo de Nora Potter se encogió, mientras que de su boca salía un angustioso gemido.

— ¿Qué le sucede...? —preguntó Cecil Merrit con una risita mefistofélica.

Nora Potter no respondió. De nuevo se vio acometida por un dolor intenso, hiriente, que parecía roerle las entrañas. Lo mismo que si la garra de una fiera le estuviera desgarrando por dentro.

Pero Nora Potter no había soltado la pistola. Era aquélla su amiga, su aliada. Su única aliada y amiga.

No obstante, se vio acometida por nuevas sacudidas, por nuevos espasmos de terrible dolor, y doblada en dos, terminó soltando el arma.

—Yo sé lo que le pasa —manifestó Cecil Merrit, dirigiéndose a Lex y a Loretta, sin borrar su risita—. La he invitado a una taza de café. Estas son las consecuencias.

— ¿La ha envenenado? — inquirió Lex.

—Mató a mi hermano, y yo debía saldar esa cuenta —contestó el paralítico.

— ¿Qué… qué está diciendo…? —Y Nora Potter expresó un pánico sin límites—. ¿Qué me… me… ha envenenado…?

—Cianuro, por ejemplo, hubiera sido una muerte demasiado generosa para usted —dijo Cecil Merrit—. Así que me he encargado de prepararle algo más refinado… Soy químico, y dar con lo que deseaba no me ha costado demasiado…

— ¿Ha sido capaz…? —se aterrorizó Nora Potter, desorbitados sus ojos.

—Tan capaz —sentenció Cecil Merrit— como lo fue usted de matar a mi hermano.

—Pero ¿qué me ha dado? ¿Qué me ha dado…?

—Algo endemoniado, desde luego.

—No había nada en la taza de café cuando la ha sacado del aparador —repuso Nora Potter—. He mirado en su interior, por si acaso… Y no, no había nada. Por lo demás, en el café no podía estar el preparado… Usted también ha tomado una taza…

De nuevo la acometió aquel terrible dolor, y se tambaleó, mientras los dedos de sus manos crispaban su estómago en un gesto realmente escalofriante.

—Esto no es nada en comparación de lo que te espera —le previno Cecil Merrit, y volvió a dejar oír su risa mefistofélica—. Sentirá como si todo su interior ardiera, como si todo su interior crepitara. Como si fuera a reventar de calor…

— ¿Qué clase de muerte es ésa? —inquirió Lex—, Un vulgar veneno no puede…

—Se trata de un preparado especial, no de un simple y vulgar veneno. Es una mezcla que en su composición contiene fósforo, azufre y sustancias ardientes como las mismas llamas del Infierno…

Nora Potter lanzó un grito, un alarido. Acababa de acometerle un dolor lacerante, insoportable, infrahumano.

¡Estaba quemándose, fundiéndose…! ¡Como si dentro de ella hubiera unas implacables y despiadadas brasas!

— ¡Mis entrañas están ardiendo! —exclamó Nora Potter, entre

ayes horripilantes.

Y el calor endemoniado que sentía dentro de sí, y que la torturaba más allá de lo imaginable, le subió por el esófago, le llegó a la garganta y le salió por la boca.

¡Por lo menos por su boca salió humo…!

Lex y Loretta, instintivamente, dieron un paso atrás. ¡Aquel horror superaba todo lo que una mente humana poda concebir!

Nora Potter se revolvía entre espeluznantes espasmos de dolor, entre espantosas sacudidas, gritando y aullando del modo más terrible, más horripilante.

¡Y seguía saliendo humo por su boca! ¡Y no sólo por su boca, ahora también por sus ojos…!

Unos ojos claros que, tras una agonía horrenda, demencial, dieron la sensación de desaparecer y de quedar convertidos en dos cuencas vacías.

También se dilataron las venas de su cuello. Se dilataron monstruosamente. Hasta romperse, hasta explotar, salpicando de sangre a su alrededor.

Finalmente se desplomó pesadamente en el suelo.

Ya allí, siguió aún agitándose levemente durante un par de minutos. Después se quedó quieta.

—Si en la taza de café que sacó del aparador no había nada, y si usted también bebió café, ¿cómo ha podido conseguir…? — le preguntó Lex Cooley al paralítico, cuando Nora Potter había dejado de existir.

—La sustancia estaba en el café —dijo Cecil Merrit, y su rostro no se alteró—, Y yo también he bebido, no había otro modo de hacerlo si quería que Nora Potter se fiara de mi ofrecimiento…

—Entonces, ¿eso quiere decir que… qué…? —sugirió Lex que como Loretta, se sentía dominado por el horror.

—Eso quiere decir que ahora me toca a mí —contestó el paralítico —. Yo, he tomado menos café, por ello sin duda, los efectos tarden más en llegar. Pero no voy a escaparme del mismo final… De todos modos, estoy satisfecho de lo que he hecho, no me arrepiento. —Y volvió a dejar oír su risita.

Fue la última que emitieron sus labios.

De pronto se llevó las manos al estómago y lanzó un grito, un alarido espantoso. Después… lo mismo que Nora Potter. Una agonía terrible, espantosa, que ni calcada pudo ser más parecida a aquella que, a sabiendas, premeditadamente, buscó para la mujer que había matado a su hermano.

Cecil Merrit terminó cayendo de su sillón de ruedas.

Su cuerpo se desplomó sobre el de Nora Potter.

Así los encontró pocos instantes después, al llegar, el inspector de

policía.

—Salgamos de aquí —dijo Lex a la muchacha—. Todo esto ha sido demasiado horrible.

—Sí, es cierto —asintió Loretta.

Pero aún les faltaba algo por saber.

Jennifer se había ahorcado.

**FIN**